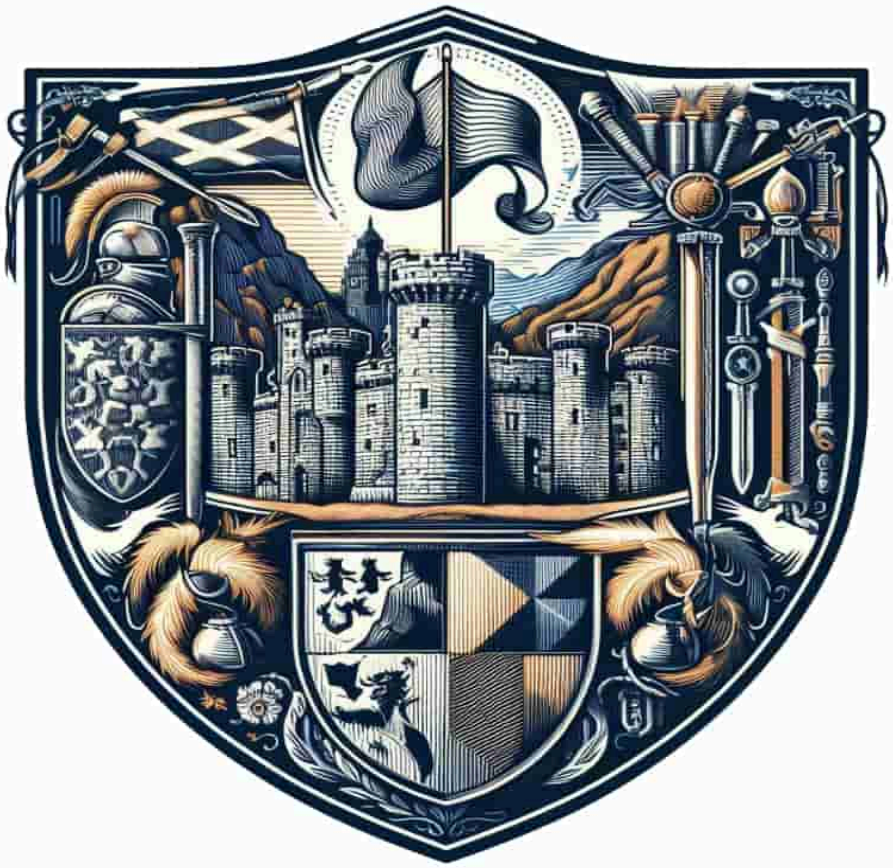

Él cruzó el tiempo. Ella lo esperaba sin saberlo
Un Highlander en Normandía
Anne Aband

Un Highlander en Normandía



Anne Aband

UN HIGHLANDER
En Normandia

Anne Aband

© Anne Aband (Yolanda Pallás), [2025]
Corrección: Eva Pallás
ISBN: 9798315353485
Safe creative: 2503241246551
Impresión independiente
Portada: Yolanda Pallás
Todos los derechos reservados. Te pido por favor que descargues de forma legal este libro. Es un gran esfuerzo de mucho tiempo y seguro que el karma te lo recompensa. Gracias.

El amor es la única energía que perdura para siempre.

ÍNDICE

Capítulo 1: la fotografía
Capítulo 2. Decidido
Capítulo 3. Normandía
Capítulo 4. Encontrado
Capítulo 5. Kilté
Capítulo 6. De caza
Capítulo 7. ¿Esposo?
Capítulo 8. Misión
Capítulo 9. Delirios
Capítulo 10. Atrapado
Capítulo 11. Infiltrado
Capítulo 12. Un tragaluz interesante
Capítulo 13. Escapar
Capítulo 14. Preparados
Capítulo 15. Día D
Capítulo 16. Regreso al futuro
Capítulo 17. Normandía, actualidad
Capítulo 18. De vuelta
Epílogo
OTROS libros relacionados
Agradecimientos y sobre mí

CAPÍTULO 1: LA FOTOGRAFÍA

No sabía qué le había impulsado a tomar ese libro. Ni tampoco por qué se lo llevó a su habitación para leerlo, por mucho que tratase sobre la doma de caballos. Viendo la felicidad de su familia, él no podía estar mejor.

Vanessa esperaba el primer hijo de su hermano Alistair para Navidades. Elisa, mucho más centrada, acudía a clases puntuales, hasta que comenzara el colegio el siguiente año. Y él, que había logrado cruzar a Valiente y gracias a los ingresos de los turistas que venían al castillo Dunmore, consiguió otras dos excelentes yeguas, que ya estaban preñadas de su mejor caballo.

Todo iba de maravilla, se encargaba de las relaciones públicas del castillo e incluso se había tomado en serio eso de no acostarse con todas las turistas. Y, sin embargo, algo le hacía sentirse mal.

No estaba enfermo. Ya no acudía al gimnasio porque al implicarse más en su casa, no le daba tiempo, aunque estaba más fuerte, más hombre, como decía Eli.

Se sentó en uno de los sillones de su habitación y esa pulsión de leer el libro casi le enfadó. ¿Qué sentido tenía? Cuando lo cogió, incluso había tenido la sensación de que el libro palpitaba. Absurdo. Claro que, después de lo que le había pasado a su hermano y a su esposa, que llegaron a ver los espíritus de Rory e Isobel McGregor, al parecer sus antepasados, podría creerse casi cualquier cosa.

Con una taza de té, se sentó y echó otro leño al fuego. Abrió las páginas del libro, pertenecían a su tío abuelo Conrad, que regresó de la guerra y se quedó a vivir allí hasta su muerte, sin casarse. Murió cuando él era un niño, tal vez tenía un año o dos, no lo recordaba.

Pasó la página y admiró la delicada caligrafía. *Para C. con todo mi afecto*. Tal vez alguien se lo había regalado. Encontró dibujos de

caballos y algunas pautas que le parecieron interesantes. Era eso, entonces, tenía que aprender más sobre caballos. Suspiró, aliviado. Ya estaba imaginando historias de fantasmas.

Siguió pasando las páginas, hasta que vio que había dos pegadas. Con cuidado las separó y vio que había una fotografía antigua, en blanco y negro de una pareja delante de una playa. Debajo había una anotación. Normandía, 20 de mayo de 1944. Si no recordaba mal, era un tiempo antes del desembarco de Normandía.

La foto tenía mucho grano, y a él que le gustaba bastante todo ese mundo, le intrigó. La llevó a su ordenador y la escaneó. Después, con ayuda de un programa de limpieza y restauración de fotos, comenzó a ganar algo de nitidez. Como su ordenador era muy lento, dejó el portátil encendido y se fue a cenar con su familia.

—Connor, necesitaré que me ayudes con unas fotografías para la web —dijo Alistair cuando se lo encontró al bajar las escaleras.

—Bien, ¿qué necesitas?

—He pensado que, puesto que pronto ofreceremos paseos a caballo, sería bueno hacer fotos de las cuadras y de las yeguas. Incluso cuando nazcan los potrillos, ¿o sería muy raro hacer un vídeo?

—¿Por qué no? Es algo natural. Podemos poner un título por si hay algún alma sensible que no lo soporta —dijo riéndose Connor.

Eli llegó corriendo y los abrazó a los dos a la vez.

—Dice Vanessa que tiene hambre y que si no la alimentas tendrá un antojo.

Alistair se echó a reír y caminó hacia la cocina. Connor revolvió el cabello a Eli y esta se lo quedó mirando y luego sonrió. Se encogió de hombros y tomó la cámara para ir a las cuadras. Hacía fresco, así que usó uno de los pasadizos para no salir directamente a la calle. Las yeguas estaban calentitas y tranquilas. Pasó mucho rato acariciándolas, hablándoles, y también al resto de los caballos. Hizo muchas fotografías y luego subió para descargar la tarjeta de memoria en el ordenador. Tal vez tendrían que comprar otro algo más potente, aunque no había prisa.

Cuando llegó arriba, se sentó y movió el ratón para desbloquear. Quería dejar la tarjeta descargando porque le costaba horas. La

fotografía que había dejado mejorándose aparecía en toda la pantalla. Pero no era posible. No podía ser cierto.

Aumentó con la lupa y acabó imprimiendo la versión mejorada de la foto, por partes, aquella en la que se veía la cara de la pareja.

No podía creerlo. Tragó saliva y volvió a mirar la foto original. Sí, allí estaba. Él estaba allí, en 1944.

CAPÍTULO 2. DECIDIDO

No le enseñó a nadie la imagen. Posiblemente su hermano pensaría que era una casualidad. Vanessa se preocuparía y Eli… no sabía. Aunque hacía tiempo que su hermana no hablaba con sus padres. Con sus difuntos padres, claro. No estaba seguro de si seguía sintiendo las cosas que había sentido cuando su hermano y su cuñada se enamoraron.

Puesto que faltaba un tiempo para que el bebé naciera, su hermano le había sugerido que tomara unas vacaciones, así que lo decidió. Había conseguido ahorrar como para comprarse un pasaje a Normandía y pasar unos días allí.

Usó el móvil para reservar el pasaje de ida, porque no sabía cuándo iba a volver. Todo le resultaba demasiado intrigante. Y tal vez fuera una casualidad, algo que, en el fondo, no creía. Eli se asomó al despacho y lo miró, ladeó la cabeza y asintió.

—Haces bien. Y ahora a comer o Vanessa acabará con todo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, pero ella ya se había ido canturreando por el pasillo. Se aseó y bajó a cenar. Alistair sacaba comida y la señora Harris, Rebeca, se reía al ver cómo devoraba la que habían descubierto que era su pariente americana.

—Me voy a poner como una rueda, lo sé. Luego tendréis que subirme a la habitación con grúa —dijo Vanessa excusándose.

—Tonterías, estás preciosa y es normal. Los bebés McLeod son grandes y necesitan energía.

—Cuando mamá estaba embarazada de Alistair solo comía helado, aunque era invierno. Papá tenía que buscar por todas las tiendas para encontrarlo —dijo Eli. La señora Harris se quedó con la boca abierta.

—Es cierto. ¿Cómo…? Bueno, no importa.

—Oh, Dios, ¡helado! ¡Tienes razón! Me comería una tarrina de chocolate.

Alistair sonrió y fue a la cocina a por una especial, con almendras y cookies.

—¿Cómo lo sabías? ¡Me encanta! —dijo ella abriéndola.

—Un pajarito me lo dijo —contestó guiñándole el ojo a su hermana.

—Me voy de vacaciones —dijo Connor de repente—. He pensado visitar Francia, empezando por Normandía y, de paso, ver algunas cuadras. Tal vez pueda incluso hacer negocios.

—O solo descansa, Connor. Cuando nazca el bebé quiero tomarme unos días libres.

—Y podrás tomarlos. Así estoy entretenido.

—Y te vas a enamorar, Connor —dijo Eli.

—¿De una francesa? —preguntó la señora Harris sentándose a escucharla.

—Eli…

—No, ella no será francesa. Tiene nombre de flor. Es importante que vuelvas antes de la explosión.

A Connor se le puso la piel de gallina, pero disimuló.

—No te preocupes, Eli, si hay una explosión, me iré rápido.

—Y cuando vuelvas del viaje, ¿has pensado volver a la universidad? —preguntó Alistair.

—No lo sé, depende. A lo mejor encuentro una preciosa mujer y ¿quién sabe? Pero lo pensaré. Tranquilo, me gusta mi vida con los caballos.

—Mis padres llegan en unas semanas, nos ayudarán. Mis hermanas también quieren venir. Yo creo que están deseando que nazca el bebé.

—Me encantaría que volvieras para el nacimiento de George, pero si al final te entretienes con algo, disfruta de ello.

—Vale. Oye, ¿tu recuerdas al tío abuelo Conrad? Yo era muy pequeño cuando murió.

—Algo sí, igual Rebeca lo recuerda mejor.

—Era un hombre muy amable, y creía en que el mundo no debía estar en guerra. Cuando su padre lo obligó a alistarse, se disgustó

mucho. Te quería mucho, Connor. Siempre fuiste su favorito e incluso te contaba historias de caballos, sobre todos, aunque fueras un bebé. Por eso te debió meter esas ideas en tu cabeza.

—¿Recuerdas cuándo volvió? —preguntó Connor emocionado.

—No, la verdad. No le gustaba hablar de la guerra. Yo diría que le gustaban más los hombres que las mujeres, algo que a su padre le llegó a enfadar y amenazó con desheredarle si no se casaba. Por suerte, vuestra bisabuela lo convenció. Ella era muy adelantada para su época. Pero esto me lo contó mi madre, tampoco es que yo sepa tanto.

—¿Sabes algo más?

—Bueno, creo que escribió un diario, sí, algo que a él le interesaba mucho, pero lo escondió bien, puesto que nadie lo ha encontrado jamás.

—Esa será mi tarea —dijo Eli entusiasmada—. Yo lo encontraré.

—¿Cuándo te vas? —preguntó su hermano.

—Mañana por la tarde sale el avión. Tomaré el autobús a Londres.

—De eso nada, yo te llevaré. Así aprovecharé para visitar a un anticuario, parece muy interesado en algunas de las cosas del castillo.

—Ahora no necesitas vender nada, Alistair —contestó Connor. Ellos habían encontrado un pequeño tesoro tras una estantería con doble fondo.

—Lo que encontramos no era tan valioso como nuestro antepasado Rory pensaba. Con la reparación del tejado y la instalación de calefactores en todas las habitaciones se ha ido casi todo el dinero. Vanessa ha seleccionado algunas cosas que no vamos a usar.

—Claro, lo que decidas estará bien.

Después de comer se dirigió a las cuadras, para despedirse de alguna forma de sus amados caballos. Todavía no se creía que él fuera el de la foto y que hubiera viajado hasta 1944. Además, ¿qué sentido tenía? Su hermano y Vanessa habían tenido esas visiones porque eran, como dijo Eli, la reencarnación de sus antepasados,

pero en esa fecha no podría ser la reencarnación de nadie. Porque Conrad… no, él lo conoció. No se había convertido en él.

Aturdido y confuso, movió la cabeza y se puso a limpiar los establos. Pronto llegó la noche y el día siguiente y Alistair lo llevó a Londres con una pequeña bolsa de equipaje. Incluso a él le extrañó que no llevase una maleta. Eso sí, había tomado una de las cámaras de su padre, la más antigua y además de dinero en efectivo, unas viejas monedas de oro. No es que pensase que iba a irse al pasado. O sí.

Eli se había despedido, en el castillo, con el rostro preocupado.

—Te vas muy lejos. Vuelve.

—Claro que sí, pequeñaja. Celebraremos la Navidad todos juntos.

—Eso espero.

Connor se bajó del coche y le dio un abrazo a su hermano.

—¿Hay algo que no me cuentas?

—Bueno… el tío abuelo Conrad estuvo en Normandía. Quiero averiguar algo sobre él, nada más.

—Ya veo. Está bien. Que tengas un buen viaje. Llámanos de vez en cuando.

—Hecho.

Le dio un abrazo y se fue para la terminal. Estaba nervioso, y sí, quería averiguar qué había hecho su tío abuelo en Normandía y por qué todo parecía ser importante allí.

CAPÍTULO 3. NORMANDÍA

Se entretuvo en leer por internet información. La zona de Normandía se volcaba con profundo respeto en la memoria del desembarco. Los cementerios militares y monumentos conmemoraban la valentía de los soldados aliados y por lo visto, en junio, miles de visitantes acudían a ceremonias en su honor.

Por otra parte, los paisajes eran impactantes. Verdes prados, acantilados impresionantes, pueblos medievales como Bayeux y Honfleur… estuvo mirando fotos y allí parecía que se había detenido el tiempo.

Pensó también en visitar las queserías y sidrerías tradicionales, aunque sin duda, quería ir a alguna de las playas en las que desembarcaron los británicos. Al parecer de las cinco, dos se asignaron al ejército estadounidense, una al canadiense y dos al británico, Gold Beach y Sword Beach. En la foto se veía el mar de fondo, pero tampoco es que pudiera reconocer nada específico. Sin embargo, su tío estaba en el ejército inglés, así que debió desembarcar en una de esas dos.

Aterrizó en París y alquiló un coche hasta la zona de Normandía. Eso eran casi tres horas, pero le sirvió para pensar en lo que le había comentado su hermano. No sabía si quería ir a la universidad, en parte sentía que no le hacía falta, por otra parte, no era tan mala idea.

Estuvo dándole vueltas a todo. Paró a tomar un café y comer algo y aprovechó para llamar a su hermano y decirle que estaba bien. Él le informó que todo iba bien y que disfrutase del viaje.

Una vez cerca de Normandía, tenía varias opciones para ir a las playas, pero su instinto le llevó hacia Arromanches-les-Bains, cerca de Golden Beach y decidió seguirlo.

El pueblo era muy pintoresco, con referencias al Día D en cada rincón. Aparcó en una de sus calles y buscó algún hotel no demasiado caro. Internet le dio varias opciones y se registró en uno de ellos. Había olvidado el idioma desde que lo estudió en el colegio, pero tenía buen oído y empezó a recordar algunas frases.

Se instaló en una limpia habitación con baño y, con la cámara y bien abrigado, compró un mapa de los búnkeres alemanes abandonados que todavía quedaban en la ciudad. Durante los siguientes días, visitó algunos, sin sentir nada especial. ¿Qué esperaba? No lo sabía.

Cada día llevaba su mochila con la cámara, las piezas de oro y alguna otra ropa que pudiera servirle si… viajaba a ese tiempo. En el fondo, sentía una gran atracción por vivir esa aventura, pero conforme pasaban los días, se iba desanimando.

Al día siguiente, nublado y con llovizna, decidió bajar a la playa. El muchacho del hotel le advirtió que tuviera cuidado con las mareas bajas y que, sobre todo, no se acercase a una cueva en concreto donde se decía que desaparecían las personas. Según la dueña del hostal, había fantasmas, el chico le dijo que simplemente subía la marea y la cueva se inundaba, por lo que nadie salía por ese motivo. Él les aseguró que no entraría.

Se acercó caminando a buen paso. El corazón le palpitaba cuando llegó, sacó la copia ampliada de la foto antigua y vio que había un acantilado que se parecía mucho al que estaba delante de él. Bien, había encontrado el lugar.

Desde allá arriba también vio el antiguo puerto artificial Mulberry, construido por las fuerzas aliadas en 1944 para facilitar el desembarco de suministros. También había alguna enorme estructura de hormigón en mitad de la playa. Había leído que usaron varias similares de rompeolas. Sumergirse en la historia que, quizá podría ser la suya, le dio un escalofrío.

Bajó a la playa, hacía frío y frías gotas le mojaban la cara, pero no le importó. Se acercó a la estructura del puente y la tocó con la mano. Le dio una sacudida extraña, que le removió todo el cuerpo. Lo vio como debió de ser en su día, completo y recién construido.

—No puede ser, es como… un recuerdo.

Caminó, preocupado por la arena, para alejarse del puente. Estaba demasiado confuso. La foto estaba tomada desde la misma playa y se colocó en el lugar exacto, cerca de los acantilados. Estaba con una preciosa mujer. Ambos sonreían, felices y ella, que no se había fijado hasta ahora, le tomaba la mano. Era una preciosa mujer con el cabello claro, un peinado antiguo y con vestido color estampado. El cabello se veía borroso, supuso que porque se movía por el viento y la cámara no lo había captado. Él, si es que era él, llevaba unos pantalones y camisa, esta última remangada y la imagen se veía muy granulada, pero al mirar a cámara, podría jurar que era él.

Estaba tan impactado que siguió caminando hacia los acantilados. Allí había varias cuevas. En una de ellas había una cadena para impedir el paso, aunque era fácil saltarla. Tampoco es que se fuera a meter para ahogarse cuando subiera la marea. De todas formas, se asomó.

Ya se iba a ir cuando escuchó una voz.

—¡Connor! —gritó una mujer—. ¡Vuelve a mí!

Se quedó paralizado. ¿Cómo podría ser? ¿Era un truco o su imaginación? Miró su reloj analógico y vio que faltaban dos horas para que subiera la marea, según se había informado. Seguramente no… pasaría nada por echar un vistazo.

La cueva estaba cubierta de arena y no parecía que fuera peligrosa. Seguramente el océano entraba y dejaba depósitos de arena sin más. Encendió la linterna de su móvil para no caerse por ningún agujero. Iluminó la zona y descubrió la altura del techo de la cueva. Al fondo, había varios túneles y se preguntó si debería meterse en alguno de ellos. Ya no escuchaba a la mujer.

—¿Me lo habré imaginado?

Mesó su cabello, pensando en volver fuera. Ahí no había nada. Pero entonces, escuchó un fuerte sonido por uno de los túneles, como… como un bombardeo… se asomó, pero tropezó y cayó al suelo, golpeándose la cabeza. Cuando despertó, miró el reloj encendiendo la pantalla porque no encontró el móvil. Le faltaba media hora para salir de allí o la marea se lo tragaría. Pasó la mano

por el suelo, buscándolo, pero entonces, unos brazos lo cogieron y lo arrastraron hacia fuera.

CAPÍTULO 4. ENCONTRADO

Alguien le gritó en francés y aunque le ayudó a levantarse, no pudo ver su cara, porque la cueva estaba oscura. Luego, hizo que se agachara y después salieron por un lateral. Se había mojado las deportivas y los vaqueros y empezaba a tiritar, ya solo pensaba en volver al hotel para tomar un baño caliente y, después, agradecer al hombre que le había salvado.

Cuando salieron de la cueva, era noche cerrada y el tipo le puso una pistola en el estómago.

—Qui êtes-vous? —preguntó el hombre sin dejar de apuntarle.

—Soy… soy inglés. Me he perdido —contestó también en francés.

—Ah, inglés. Vamos, o te harán un agujero en tu linda carita inglesa —contestó con una risa.

Lo empujó y Connor empezó a ver luces extrañas, ruidos que no eran de la ciudad actual. ¡Lo había conseguido! ¡Había viajado a 1944! Estaba emocionado.

—¿Qué día es hoy?

El tipo se volvió como si estuviera loco.

—Diez de mayo de 1944, ¿acaso estás trastornado?

—No. Me llamo Connor ¿y tú?

—Pascal y más te vale callarte o esos *boches* nos descubrirán. ¿A quién se le ocurre bajar a la playa? Y meterte en esa cueva, iba a subir la marea. Solo a un inglés. ¿De qué regimiento vienes? Hay algunos hombres que hemos ido recogiendo, sobre todo paracaidistas.

—Creo que me di un golpe en la cabeza y no recuerdo.

—Llevas ropa extraña. Vamos, hablaremos dentro.

Caminaron hacia el pueblo, que no había cambiado mucho en ese tiempo y se escondieron tras un murete para evitar una patrulla

alemana. Connor hubiera saltado de emoción si no fuera porque en realidad, se jugaba la vida.

Cuando pasaron, el tal Pascal le tomó del brazo y entraron en una casa, bajaron rápido unas escaleras y llegaron a una bodega. Allí, su salvador encendió la luz y le apuntó con una pistola.

—Bien, ahora demuéstrame que no eres un espía —dijo duramente.

—No lo soy. Soy escocés, y me he perdido.

Una mujer se acercó a ellos desde las sombras. A Connor le palpitó el corazón. Era ella. La de la foto. Llevaba un jersey y una falda oscuros y un pañuelo en la cabeza. Lo miró con el ceño fruncido y negó.

—Busca al otro escocés, que demuestre si lo es.

Un chico de unos diez años corrió fuera de la bodega y, mientras, ella se acercó a él.

—Dame tu mochila.

Él se la dio, sin dejar de mirarla fascinado. El corazón le latía tan fuerte que pensó que se escucharía hasta en la calle.

Ella miró y sacó la cámara, la ropa y también el oro.

—¿Para qué es esto?

—Por si lo necesitaba —dijo Connor.

—Es mucho oro. ¿Qué tenías que comprar? —preguntó ella acercándose a él. Era alta, delgada y muy atractiva. Su cabello dorado se escapaba del pañuelo y él suspiró—. ¿Qué te pasa?

—Lo has fascinado, Margaret, como a todos —rio Pascal. Ella se alejó, mirando la cámara con curiosidad. Connor abrió la boca. La mujer con el nombre de flor que le había dicho Eli.

—Pascal, cállate la boca.

—No soy un espía, de hecho, me gustaría ayudar. Falta poco para… —dijo, pero se dio cuenta de que iba a descubrir algo del futuro y se quedó callado.

—¿Para qué? —dijo ella poniendo un cuchillo en su garganta.

—Para nada. Yo no sé nada. Solo he venido a ayudar a la resistencia.

—Para no saber nada, sabes mucho —dijo ella. Un ruido se escuchó fuera y entraron el niño y otro hombre, con el cabello

revuelto.

—Conrad, intenta averiguar si el tipo es escocés de verdad.

—¿Conrad McLeod? —dijo Connor y sonrío ampliamente mientras el otro daba un paso hacia atrás.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó él.

—Yo soy… Connor McLeod, te andaba buscando.

—No tengo ningún pariente que se llame Connor, al menos que yo sepa —dijo él mirándolo de más cerca.

—Ey, pues sí debe de ser pariente tuyo, porque os parecéis mucho —comentó Pascal. Margaret tuvo que admitirlo.

—Parecéis hermanos, pero no entiendo, ¿cómo es que no conoces a este tipo?

—Puede ser que sea de otra zona, los McLeods no están solo…

—En Dunmore. Lo sé.

—¡Maldita sea! Sabe dónde vivo.

—Sé muchas cosas de ti, como que amas los caballos.

—¿Y qué escocés no los ama? —Se volvió hacia sus amigos—. Yo creo que debería quedarse encerrado. Hablaré con mi superior, aunque si es un espía, no sabrá nada, en realidad. ¿Has venido a vigilar a los *boches*?

—Algo así —dijo Connor. Puede que fuera más fácil hacerse pasar por alguien oculto porque no podría justificar estar ahí. Eso no lo había pensado.

—Bueno, a dormir —dijo Margaret—, y tú te quedarás aquí encerrado. Mañana pensaremos si te ayudamos o te entregamos a los alemanes.

—No me gustaría, la verdad —dijo Connor. Ella sonrió de lado y se fueron, dejándolo encerrado en el sótano.

Buscó dónde acomodarse y se recostó en un lado, cuando él se marchó de… su tiempo hacía mucho frío, pero había saltado hasta mayo, así que no se cubrió. Recogió las cosas de su mochila, incluso el oro, ellos no se lo habían llevado. Había perdido el móvil en la cueva y casi mejor, porque hubiera sido muy complicado de explicar.

Lo más importante es que la había encontrado y, aunque no sabía qué sería de él, eso le hacía muy feliz.

CAPÍTULO 5. KILTÉ

Una suave patada en la pierna le despertó y se movió despacio, sintiéndose dolorido. Pascal lo miraba con curiosidad.

—Llevas unas ropas muy raras, ¿eso es lo que se ponen los espías ahora?

—¿Podrías prestarme algo de ropa para no parecer diferente?

—Todavía no sabemos qué vamos a hacer contigo. Ni siquiera tu… pariente. Pero más vale que te pongas algo distinto porque si te ven los alemanes así, te llevarán. Espera que bajaré algo. Tienes una talla parecida a la mía. Eso sí, te costará una de esas piezas de oro.

—Un poco excesivo, ¿no?

—¿En cuánto valoras tu vida? —dijo él riéndose.

Connor empezó a quitarse los vaqueros y el jersey. La cazadora había desaparecido, sin saber dónde. Se quedó en ropa interior y calcetines. Puede que las deportivas llamasen la atención, aunque eran oscuras. Sí, igual esas sí que podría quedárselas.

Escuchó un ruido y se volvió. Margaret bajaba con una taza humeante en una bandeja.

—¡Por Dios! ¿Qué haces desnudo? —dijo ella sonrojada. Dejó la bandeja en la mesa y se volvió.

—Pascal me iba a prestar ropa. O más bien, le he comprado algo.

—Este Pascal… le gusta demasiado el dinero, pero… quizá deberías haber esperado a… bueno. Eres… un hombre de acción, supongo.

Pascal bajó entonces y al ver la situación se echó a reír. Le tiró varias cosas a Connor y él se apresuró a vestirse. La ropa no olía muy bien, pero era soportable. Enseguida se abrochó el pantalón de lana, la camisa y un chaleco. Bien, ya era un tipo de 1944.

—Ya estoy vestido —dijo cuando terminó. Ella se volvió, todavía sonrojada.

—Come, te he traído un café y pan del que hacemos aquí.

Él se sentó en la mesa y se dio cuenta de que estaba hambriento. Comió con ganas, aunque el pan no era tan fino como el que tomaba en Dunmore, pero a falta de otra cosa, estaba bien.

Ella se sentó enfrente y lo miró fijamente.

—Te juro que no estoy con los alemanes, ya sé que es difícil de comprobar, pero si me lo permites, te lo demostraré.

—Te vamos a vigilar de cerca y puesto que dices que eres escocés, Conrad lo hará. No le gastes ninguna jugarreta, es un buen tipo y te atravesaré la cabeza si le dañas.

—¿Es tu pareja? —Ella se sonrojó.

—¿A ti qué te importa? Vamos, tenemos cosas que hacer antes de que se despierten los *boches*. Tenemos toque de queda, pero nos permiten trabajar. Aunque también hay registros y arrestos. Se han llevado a muchos de los nuestros. Te he preparado papeles, por si te pillan. Guárdalos bien.

Ella le dio algo y él los tomó, rozando sin querer su mano. Ambos se separaron rápido por una descarga eléctrica. Lo miró, confundida, y salió de la bodega. Él tomó su mochila, pero ella hizo que la dejara.

—Es mejor. Los aliados han bombardeado un puente a varios kilómetros de aquí y los alemanes están nerviosos. Cualquier excusa es buena para pegarte un tiro.

—¿Por qué me ayudas, Margaret? —preguntó él parándose a su lado. Ella se volvió y lo miró a los ojos. Luego, se encogió de hombros.

—Cuando lo sepa, ya te lo diré.

Salieron a la calle, tomaron herramientas varias y Pascal se unió a ellos con un guiño en el ojo. También iban dos mujeres más y tres niños con cestas de comida.

Una patrulla alemana de cuatro soldados se acercó a ellos.

—¿Dónde vais?

—A trabajar en la granja de la colina, señor —dijo Pascal.

—Sigan, sigan —dijo otro de los soldados que, al parecer ya lo conocía.

No vio a Conrad por ningún lado, pero tampoco se atrevió a preguntar. Simplemente siguió a todos hasta una granja medio destrozada. Allí sí estaba Conrad, cortando listones de madera para arreglarla.

—Ah, lo habéis sacado —dijo él.

—Tú te harás cargo, para eso es tu pariente —dijo Pascal. Él miró a Margaret, que se encogió de hombros.

Siempre pensó que a su tío no le interesaban las mujeres. Tal vez ella sí. Puede que perdiera el amor. ¿Iba a morir Margaret? Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Él no quería eso.

—¡Caramba! —dijo Pascal—. A la luz del día os parecéis todavía más. No vas a poder negar que es pariente tuyo, Conrad.

—No lo sé, bueno dejádmelo y lo vigilaré.

Ellos se fueron y Connor se quedó mirándolos, con nostalgia.

—Estoy intentando reparar la granja, era de Margaret. Tal vez nos instalemos aquí.

—¿Estás comprometido con ella?

—Todavía no. Coge un martillo y te diré qué hacer. Supongo que si eres escocés y pariente mío sabrás manejar herramientas.

—Sí, ti… Conrad. Aunque lo que más me gustan son los caballos, como a ti.

Él se giró y movió la cabeza, confundido. Estuvieron trabajando duro, hasta que pararon a almorzar un panecillo parecido al del desayuno con carne en fiambre. Él le acercó una bota de vino y, como no había otra cosa para beber, echó un trago. Le raspó la garganta y se echó a toser. Conrad se rio. Durante el día habían hablado de caballos, del castillo Dunmore que él dijo que había visitado cuando se había marchado a la guerra, por lo que pudo detallarle algunos secretos, incluso los pasadizos, por lo que empezó a convencer a Conrad de que era pariente suyo. No se imaginaba en qué grado. De todas formas, notó que se destensaba y que comenzaba a confiar en él.

En realidad, no sabía qué pintaba allí y por qué motivo había viajado hasta esa fecha en concreto, aunque suponía que lo acabaría

averiguando. Tal vez debía ayudarles con el desembarco. Se había empapado de la historia completa, por si acaso.

Volvieron a la granja, despeinados y llenos de hollín. Conrad tenía un cubo de agua donde se lavaron. Vio cómo él y Margaret se apartaban para hablar y se los quedó mirando, con el corazón apretado, hasta que alguien le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Así que también te gusta ella, ¿eh? Debe de ser cosa de familia. Pero te diré una cosa, a ella no le interesa tener una pareja. Ya la tuvo y murió hace meses en el frente. No creo que quiera volver a sufrir así.

—No busco nada —dijo Connor volviéndose hacia el hombre—. ¿Ha ido bien? Digo vuestra… incursión.

Él se echó a reír y se encogió de hombros.

—Somos la *resistance*, algo tenemos que hacer para echarlos.

—Estoy seguro de que así será —dijo él. El francés asintió y silbó, para volver al pueblo.

Conrad se puso un gorro y también los acompañó. Esta vez no se dirigieron a la casa donde había estado encerrado, sino a otra más grande y con algunas flores en el jardín. Una muchacha salió a recibirlos y miró a Pascal con adoración.

—Ella es Fleur —dijo Margaret. Ella se volvió y sonrió a Connor.

Fleur. ¿Y si era ella en lugar de Margaret? No estaba seguro porque también era rubia y se parecía algo. La foto no era tan buena como para distinguirlas. Podría haberse confundido.

—He preparado una sopa caliente. ¿Quién es él?

—Mi primo —dijo Conrad.

—Bienvenido, primo de Conrad.

—Connor —dijo él sonriendo. Ella puso un plato más en la mesa y tras asearse, se sentaron a cenar.

—¿Qué tal os ha ido hoy? —preguntó Fleur. Margaret la miró y luego se encogió de hombros.

—Bien, todo perfecto.

La sopa estaba gustosa, aunque sin duda tenía poco condimento. No habían terminado de cenar cuando la puerta se abrió de golpe y entraron varios soldados alemanes que los apuntaron con su arma.

—Arriba. ¿Dónde habéis estado hoy?

—En la granja, arreglándola —dijo Pascal.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó señalando a Conrad con la pistola.

—Mi esposo —dijo Fleur. El alemán lo señaló a él.

—¿Y este?

—Es mi esposo —dijo Margaret.

—No me suena su cara, vamos al cuartel.

Ella le tomó de la mano y lo acompañó valientemente fuera. Sintió miedo porque estaba en una guerra. ¿Cuántos no habrían muerto en interrogatorios así?

—Tranquilo. Todo irá bien —susurró ella en su oído.

Él asintió y los llevaron a empujones hasta un edificio que, en otro tiempo, fue el ayuntamiento. Los metieron en una habitación cerrada con llave. Había un camastro y un pequeño ventanuco por donde entraba la luz de la luna y el frío de la noche.

—¿Qué va a pasar?

—Nada. A Pascal se lo han llevado varias veces para interrogarlo y ahí está. Lo hacen a veces.

—Quizá por lo que habéis hecho esta mañana —dijo él sentándose en la cama. Ella se puso al lado.

—¿Sabes algo?

—No, nada.

—Mejor. Así no podrás decirlo.

—Esto es peligroso, Margaret —dijo él. Ella se volvió enfadada y susurró cerca de su cara.

—¿Acaso crees que me voy a quedar quieta viendo cómo derrotan a mi país?

—¿No eres inglesa?

—Sí, nací en Chelsea, pero vine a Francia hace años. Soy tan francesa como Pascal.

—Y te casaste.

Ella frunció el ceño y murmuró algo sobre Pascal, pero acabó asintiendo.

—Él murió.

—Entonces, ¿Conrad? ¿Estás enamorada?

—Eres demasiado curioso. Tu primo, si es que lo es, es adorable y muy buena persona.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—No te interesa, highlander. ¿Qué haces tú aquí? *Un kilté perdu en Normandie!*

—Sí, estoy perdido. Y la verdad, pienso que debo volver a casa. Mi familia estará preocupada y a la vez, siento que tengo que estar aquí, hay algo que debo solucionar.

—Cuando lo sepas, me avisas. Me voy a echar en la cama. Seguramente nos tengan aquí toda la noche. Puedes dormir a mi lado, al fin y al cabo, eres mi marido y me servirás de almohada. Pero las manos quietas.

—Sí, señora —dijo él y ella sonrió.

Se echó en la esquina y ella se colocó contra la pared, apoyada en su pecho. Él pasó su brazo por el hombro y ambos se acomodaron. Su corazón bombeaba tan fuerte que ella acarició su pecho.

—Tranquilo, *kilté,* saldremos de aquí. Yo te sacaré.

CAPÍTULO 6. DE CAZA

Se despertó sin saber dónde estaba cuando alguien pasó por encima de él. Ella estaba saliendo de la cama y esa parecía la única forma.

—Lo siento, pero tengo que hacer… algo.

Él la ayudó a incorporarse, tomándola de la cintura y sus rostros quedaron muy pegados. Se quedaron por unos momentos así, hasta que ella se revolvió y se levantó.

—Tengo que hacer mis necesidades. Lo haré en ese rincón, pero has de volverte.

—Claro, por supuesto.

Ella se metió en el rincón y él se quedó mirando por la pequeña ventana de la puerta. Luego, él también uso el rincón y se sentaron en la cama.

—Dice Conrad que se fía de ti. Que sabes cosas del castillo que no podrías conocer si no fueras un McLeod.

—Es que lo soy. No he mentido, Margaret.

—Pero hay algo extraño en ti.

—Lo sé. Es algo que… no puedo explicarte de momento, pero te juro que jamás os haría daño.

—¿Y a qué has venido? Este es un lugar peligroso.

—Lo sé. Hay atentados contra líneas de telégrafos, puentes, eso lo hace la resistencia y algunos soldados que han adelantado su llegada.

Ella se puso rígida.

—¿Y dices que no eres un espía?

—Sé cosas porque las he… escuchado sin querer. No estaba previsto que yo acabara aquí, la verdad. Y, a pesar de ello, sé que tengo que hacer algo antes de irme.

—Demasiado misterioso para mi gusto.

Escucharon a los soldados acercarse y abrieron la puerta.

—Vamos, el teniente os espera.

Ella le tomó de la mano y él le acarició el dorso con el pulgar. Ambos subieron las escaleras y los llevaron a un despacho que debía haber sido una clase. Y sí, eso parecía ser una escuela.

—Así que es tu marido —dijo el teniente. Ella asintió, pareciendo asustada.

—¿De dónde vienes?

—Soy escocés, pero no estoy alistado en el ejército, tengo un problema de corazón.

—Pareces sano. Pero supongo que, si no te quisieron en tu ejército, tampoco te querrán aquí.

—No, señor —dijo Connor intentando mantener la calma. Estar delante de un hombre que de repente podría sacar su pistola y pegarle un tiro sin ningún tipo de problema, le estremecía la espalda. Ella apretó su mano.

El militar los miró de arriba abajo y luego hizo un gesto con la mano para que se largasen. Connor suspiró despacito y salieron, sin correr, todavía de la mano, hacia la casa. Ya debían de ser las diez cuando llegaron. Fleur los abrazó. Los demás no estaban.

—Se han ido a la granja. Han dicho que tenían que seguir trabajando.

—Está bien. ¿Tienes algo de comer? —dijo Margaret.

—Sí, aseaos si queréis.

Margaret le señaló una habitación. Allí había una tina de agua y una esponja. Ella se quitó la camisa y se quedó con una enagua de tirantes que le hizo sonrojar. Sus pechos se marcaban y no supo qué hacer.

—Me voy a lavar. Si vamos a pasar por esposos, no debes sonrojarte al verme en ropa interior.

Ella tomó una esponja humedecida y se lavó los brazos y la cara. Luego le señaló la tina. Se quitó la camisa y el jersey y se quedó con los pantalones solo.

Ella tomó la esponja y, ante su asombro, comenzó a lavarlo. Sintió que se excitaba, por suerte, la camisa caía sobre sus pantalones. Ella se acercó algo más para pasar la esponja por sus hombros, su cuello y su pecho.

—Margaret… no deberíamos… Conrad.

—No estoy comprometida con nadie —contestó ella acercándose un paso más a él. Connor retrocedió. Aunque se sentía atraído por ella, no le parecía bien traicionar a su supuesto primo.

Ella dejó la esponja en la tina y empezó a vestirse. Luego se acercó a él y le dio un suave beso en la boca, apenas un roce, mientras pasó la mano por su excitación. Sonrió al alejarse de él.

—Vaya, veo que tienes sangre en las venas.

Salió de la habitación, con una pequeña risa y él maldijo en silencio. Se lavó la cara y ajustó sus pantalones con tirantes y su ropa.

Fleur ya había servido un plato de gachas y café. Margaret comía con ganas. Él se sentó frente a ella, que levantó la cabeza y sonrió traviesa. Se concentró en su plato sin volver a levantar la mirada.

—Highlander, ¿sabes hacer trampas para cazar? —dijo ella una vez que acabó.

—Sí. De pequeño me enseñó mi padre, pero hace mucho tiempo…

—Iremos a un bosque, se nos acaba la carne y el racionamiento no da para alimentar más bocas. Tienes que ganarte la comida.

—Sí, está bien.

Ella cogió cuerdas y algunas herramientas pequeñas y ambos salieron para un bosque cercano. Los alemanes los miraron de lejos, sin pararlos.

—En general no suelen hacer mucho. Aunque es cierto que desde que hay más… sabotajes, están muy nerviosos. Pero nuestro pueblo es pequeño y no se imaginan nada, supongo.

—Así que sois vosotros —dijo Connor mientras ascendían una cuesta. Ella se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? A ver si me demuestras que eres un hombre —dijo ella una vez dentro del bosque. Connor se volvió hacia ella y la llevó contra un árbol, sin pegarse a ella del todo.

—Podría demostrarte de mil maneras lo hombre que soy —dijo en su cuello. Sintió un pinchazo en su vientre.

—Y yo podría demostrarte cómo la sangre escocesa riega los bosques —dijo sin soltar el cuchillo que tenía pegado a él.

—Estás jugando conmigo, ¿verdad? —dijo él, rozando con su barba ya crecida la mandíbula de ella. A Margaret se le escapó un leve jadeo. Entonces Connor se apartó. Tomó la cuerda del suelo y se sentó en un tronco para atarla de forma que hiciera un nudo corredizo si pasaba un animal pequeño. Estaba acalorado, así que se quitó el jersey, quedándose solo con la camisa algo remangada.

Ella se quedó pensativa, observándolo. Se acercó a una zona de matorral bajo donde parecía haber varias madrigueras. Dejó algunas hierbas en un lado, puso la trampa y así con varias de ellas.

Luego se levantó y se ató el jersey a la cintura.

—Curiosa manera de atarse la ropa —dijo ella. Él se encogió de hombros—. Veo que en eso no mentías, eres hombre de campo.

—Más o menos. ¿Y ahora? ¿Nos vamos?

—No. Nos alejaremos algo, pero no nos iremos. No quiero que una mala bestia se lleve nuestra comida. Tenemos un pequeño refugio hecho con ramas para esperar. Vamos porque igual llueve.

Connor la siguió hasta algo que parecía una serie de arbustos desordenados, pero cuando ella tiró de uno, se abrió una puerta de ramas. En el interior había varias mantas en el suelo e incluso un libro.

—Entra.

Pasaron y cerraron la puerta. La luz hacía dibujos en su rostro y el corazón volvió a darle un vuelco. Pero no podía ser ella, si su primo estaba enamorado, no podía hacerle esto. Claro que él se quedó soltero.

—¿En qué piensas?

—En mi familia —contestó. Ambos estaban sentados en el suelo, el uno junto al otro.

—Cuéntame algo de ellos.

—Tengo dos hermanos, Alistair, el mayor y Eli, la pequeña. Mis padres murieron y mi hermano tuvo que hacerse cargo de nosotros.

—Lo siento, Connor —dijo ella tomándole de la mano. Él no la apartó.

—Mi hermano tuvo que dejar su trabajo y cuidarnos. Yo no fui a estudiar, siempre me gustaron los caballos y, además, tampoco

podíamos permitírnoslo. Mi hermano ha hecho mucho por nosotros. Por mantener la casa.

—Parece un buen hombre. Me gustaría conocerlo.

—Está casado —dijo Connor deprisa. Ella soltó una pequeña risa.

—No tenía ninguna intención de nada.

—¿Y tú? ¿Cómo terminaste aquí?

—Conocí a mi esposo Remy cuando su familia visitó a la mía, antes de la guerra. Nos enamoramos y como yo había terminado mis estudios de enfermera, decidimos casarnos y venir a su pueblo. Vivíamos muy felices aquí. Entonces la guerra estalló, él se alistó y bueno ya sabes.

—Podrías haber vuelto con tu familia.

—Sí. Podría, pero decidí quedarme. Creí que sería útil aquí. Incluso a veces he tenido que curar a soldados alemanes, por eso sabía que no nos harían nada.

—¿No sabían nada de tu esposo?

—No, solo que estaba casada.

—Entonces, ¿tú y Conrad?

—Tu primo es un buen hombre y me gustó que lo respetase. Sé que siente afecto por mí, pero el mío es fraternal. No estoy enamorada de él. Para mí es como un hermano. Cuando su paracaídas se quedó enganchado en el bosque, Pascal lo trajo. Él quedó tocado de una pierna y tardó en recuperarse. Se ha quedado aquí por… varias razones. Nos ayuda en cuestiones técnicas.

—Nunca estuvo a favor de la guerra.

—Exacto. No le gusta pelear, supongo que tuvo que alistarse por su familia. No suele hablar mucho de ello.

—Sí. Su padre era muy duro por lo que he oído.

—¿Murió?

—Ah, yo, eso no lo sé. —dijo él y se volvió hacia fuera para observar las trampas. Debía tener cuidado o metería la pata.

—Connor —dijo ella y él se volvió. Se estaba desabrochando la camisa.

—No, no —dijo él.

—Sé que me deseas. Me recuerdas mucho a cómo era mi marido. No pienses que… me acuesto con cualquiera.

—No debemos, Margaret.

—Cualquier día de estos vamos a morir. ¿Por qué no tener unos minutos de felicidad efímera? ¿No dijiste que eras un hombre y podrías demostrármelo? Hazlo.

—Heriré los sentimientos de Conrad —dijo él ya vencido. Ella se puso en su regazo, besándolo. No pudo evitar excitarse.

Margaret condujo su mano hacia su pecho y él lo acarició mientras ella lo besaba con ganas. Connor bajó la mano por la cadera y desabrochó los pantalones de ella. Le iba a hacer gozar, pero no la tomaría hasta hablar con su tío.

Acarició su humedad y ella se sorprendió, pero se dejó hacer. Empezó a arquearse hasta que estalló sobre él. Agitada, intentó bajarle la cremallera del pantalón, pero él se apartó.

—Primero hablaré con Conrad —dijo decidido.

Ella se echó en la manta, cerrando los ojos. Connor le tapó con la camisa.

—Vaya, si sabes hacer esas cosas con la mano, qué no harás cuando estemos desnudos.

—Uff, no me tientes así, creo que voy a explotar —dijo él. Ella miró su abultado pantalón y soltó una risita.

—Debería desahogarte igual que tú lo hiciste por mí. Sé hacerlo, alguna vez lo… con mi esposo.

—No, no —dijo él apartándose—. Ya se pasará.

—Mi esposo decía que no era bueno retenerse —dijo ella acercándose. Él negó.

—Ya haré lo que tenga que hacer cuando… cuando pueda —contestó Connor. Nunca había sido tímido con una mujer y no sabía por qué le estaba pasando esto.

Escucharon un ruido y él aprovechó para salir, ajustándose el pantalón. Por suerte, era ancho y seguía llevando su bóxer, que, por cierto, estaba deseando lavar.

Un conejo había caído en una de las trampas y como él no se decidía, ella lo tomó de las orejas y le dio un golpe.

—No me gusta esto, pero hay que comer —dijo encogiéndose de hombros. Todavía se llevaron un pájaro enorme que casi les pica hasta que Margaret le dio un golpe con un palo.

—Por hoy, suficiente. Esto nos durará un par de días. ¿Ya estás más tranquilo? —preguntó ella burlona mirando su pantalón.

—Sí. Aunque no sé cuánto aguantaré —dijo él más calmado.

—¿Cuánto aguantarás? ¿El qué?

—Permanecer sin introducirme en ti, Margaret —dijo serio. Ella se humedeció los labios y él siguió caminando, sin mirarla. No podía ser.

CAPÍTULO 7. ¿ESPOSO?

Los demás llegaron cansados y desanimados. Al parecer, algo que no quisieron comentar les había ido mal. Supuso que todavía no confiaban en él, a pesar de todo.

Fleur había preparado los dos animales y amasado el pan con la poca harina que tenían. Ellos llegaban hambrientos. Los tres niños, que eran hermanos de Fleur, acudieron desde la parroquia donde se quedaban durante el día, cuidados por el sacerdote y varias ancianas.

Se alegraron cuando vieron el guiso de carne con nabos, aunque vio que la muchacha había racionado para que les quedase para varios días.

—Qué bien que cazasteis algo —dijo Pascal—. ¿Con los nazis?

—No pasó nada. Supongo que de vez en cuando quieren asustarnos, para que sepamos que están ahí.

—Entonces… ¿él pasará por tu esposo? —preguntó Conrad. Connor se sintió culpable.

—Y Fleur por la tuya. Puesto que ella se adelantó, quedará así de momento.

—Ya veo. Voy a dormir, estoy agotado.

—Connor, los hombres dormís en el granero, las mujeres y los niños en la casa —dijo Margaret.

—Claro.

—Pero puedes usar el baño. Imagino que querrás lavar alguna cosa. Hay una tina con agua para eso.

Después de cenar, vio que los hombres se desnudaban y se ponían una camisa. Conrad le dejó una limpia y aprovechó para lavar su ropa. Nunca había usado tanto lo mismo. Pascal le había explicado que los nazis habían roto algunas tuberías y que, aunque

habían reparado parte, todavía no llegaban bien los suministros. Por suerte, muchas casas tenían pozo propio. Lavó los calcetines, el bóxer y también la camisa. Los pantalones parecían poder aguantar algún día más.

Pascal le dio una manta y se acostó en la paja. Enseguida, el francés comenzó a roncar y Conrad se revolvió en su sitio.

—Oye, Connor —susurró—. ¿Qué ocurre con Margaret? Habéis estado todo el día solos.

—Nada —contestó él—, aunque ella me podría… interesar.

—Lo sabía. He visto cómo te miraba.

Se echó y Connor se sintió terriblemente culpable.

—Lo siento, Conrad.

—Debía haberme declarado antes, ahora es tarde.

—¿Estás seguro de que le gustas? ¿O de que ella te gusta a ti?

—¿Por qué lo dices? —contestó brusco.

—No quiero… interponerme. Solo que no pareces tan… interesado.

—Debería llevar una esposa a casa. Ella es hermosa e inteligente. Podría, incluso, plantearme tener hijos, si es que sobrevivimos.

—Lo haces por tu padre, pero en realidad ella no te gusta, ¿no es así?

Él lo miró con los ojos asustados.

—Me parece bien, Conrad. Mucha gente tiene diferentes gustos y es correcto. No dejes que nadie te haga pensar lo contrario.

Él suspiró levemente.

—Es complicado. Mi padre es muy estricto.

—Eso he oído. Pero ¿quieres ser feliz? Porque a veces es más fácil actuar con el corazón. Mi hermana pequeña siempre me lo dice.

—Mi padre me desheredará y me echará de Dunmore si resulta que soy algo perverso.

—Escucha un momento, Conrad. Ser… así no es malo. Esta sociedad lo hace parecer algo terrible, pero desde la época de los romanos existían personas que se amaban siendo indiferente el sexo —susurró él—. Mi consejo, si me lo permites, es que busques tu

felicidad. Pero sin comprometer a los demás. Si te casaras con Margaret, ¿podrías darle lo que ella necesita?

—Le tengo mucho cariño.

—Eso no es amar.

—Está bien, primo. Tienes razón. Pensaré en ello y ahora duerme. Mañana debemos ir lejos. Y vendrás con nosotros.

—De acuerdo.

Se acostó. Le daba pena su tío abuelo, entendía que él hiciera lo posible por evitar esa marginación social. Lo bueno es que, que él supiera, lo había conseguido. Con una pequeña sonrisa, se quedó dormido.

CAPÍTULO 8. MISIÓN

Pascal le dio un toque con el pie. Se había quedado helado, pero al menos, gracias al aire fresco de la noche, la ropa interior estaba seca. Entró en el baño con un cubo de agua que ya había usado para lavar. No quería desperdiciar otra para hacer sus necesidades. Después se lavó con agua fría y salió peinado y vestido, a la cocina.

Allí se encontró con el delicioso olor a café y a las gachas que preparaba Fleur. Le dio un plato y se sentó junto a Conrad que le miraba algo cohibido, pero para nada enfadado. Él se sentía aliviado. Cuando estaba viviendo en Dunmore, tenía sexo a menudo con diferentes chicas, y le daba igual si salían con otro, si ellas querían, él también. Nunca se quiso comprometer, hasta ahora. Solo que, si Margaret le interesase… tendría que quedarse y pensando en sus hermanos, en lo apesadumbrados que estarían, se le ocurrió escribirles una carta. Quizá podría dejarla, en el caso de que se quedase, en algún lugar donde Alistair la encontrara. Pero Eli… su pequeña hermana… y su futuro sobrino.

Movió la cabeza, confundido. Ella se sentó a su lado.

—¿Te ocurre algo?

—No, solo pensaba en mi familia. Tal vez debería volver.

—¿Tenías una… novia?

—No, ninguna. Pero mi hermano va a ser padre y luego está mi hermana pequeña. Ella es especial, ¿sabes?

—Te entiendo. Yo suelo echar de menos a mi familia y casi no me llegan noticias de cómo están. A veces pienso que debería volver a Inglaterra con ellos.

—Podríais volver juntos —dijo Fleur que se sentó enfrente de ellos. Connor levantó la cabeza, y comprobó que se habían quedado los tres solos. Pero ¿cómo iba a venir ella? Posiblemente moriría si…

si es que había sobrevivido a la guerra. Tendría más de cien años. No resistiría verla así.

—No creo —dijo bruscamente—. Yo debería ir a Edimburgo, ella a Chelsea, a Londres, más de 380 millas de distancia. En tiempos de guerra, son más de diez horas de tren, si es que está disponible.

Lo sabía porque estuvo estudiando el transporte antes de venir, por si acaso.

—Claro, es una tontería —dijo Margaret levantándose—. Termina, *kilté*, que nos vamos a realizar una incursión y puede ser peligrosa.

—Yo no tengo experiencia en peleas —contestó—, como mucho puedo disparar una escopeta de caza.

—Si estás en peligro, te da igual la experiencia —dijo Fleur para animarlo—, el instinto sale y hasta el más pequeño lucha por su vida.

Dejó el plato en la pila y salió tras ella, que ya caminaba con paso firme. Se ajustó los tirantes sobre la camisa y tomó el jersey, por si acaso. Pascal le dio una gorra oscura. Caminaron hacia un granero medio derruido, pero por dentro, estaba limpio y con varios caballos. Se acercó a uno y se dejó olisquear.

—Ya pareces uno de nosotros, *écossais*, solo te falta hablar mejor francés —dijo dándole unas palmadas en el hombro que casi lo tiran—. Sabes montar a caballo, ¿no es así?

—Desde luego.

—A Margaret no le gustan mucho y Conrad se ha adelantado, así que irás con ella. De todas formas, eres su esposo.

—Pero…

Él se echó a reír y sacó los caballos. Él llevaba una pesada mochila y otro hombre varias herramientas en un saco. Margaret frunció el ceño, pero ajustó sus pantalones para subir. Solo que no podía.

—¿Te importa que suba yo primero y luego te ayudo? —dijo él. Ella se encogió de hombros.

Connor podría haber montado a pelo si quisiera, y subió en un segundo. Pascal asintió.

—Pareces haberte criado entre caballos ¿me equivoco?

—No, para nada. Son lo más importante de mi vida —dijo él sin pensar. Tendió la mano a Margaret, que puso el pie en el estribo y la subió con facilidad.

—Prefiero ir detrás —dijo ella, retorciéndose para ponerse tras Connor. Él asintió y le ayudó.

—Sujétate, la silla es estrecha y podrías caerte.

—Ya me he caído varias veces.

—A Conrad no se le da bien montar, a pesar de lo mucho que ama a los caballos —dijo Pascal riéndose.

—El sitio está a unas horas de distancia, pero las bolsas pesan mucho así que por eso montaremos —explicó el otro hombre.

—¿Explosivos? —preguntó volviendo su rostro hacia Margaret.

—Claro. Han colocado un puesto de comunicación en el acantilado, que les permitirá controlar las playas. Nos han encargado que lo destruyamos.

—¿Quién?

—Eso no te interesa. Conrad se ha adelantado para ver el terreno y conseguir un lugar donde ocultarnos.

—¿Y dónde vamos?

—Tú sigue a Pascal —dijo ella agarrándose a su cintura.

Condujo el caballo con delicadeza mientras sentía el brazo de Margaret rodeándolo. Ella parecía nerviosa, y no por el atentado, sino más bien por el caballo. Su cuerpo, con pantalón y camisa, estaba bien pegado al suyo. Sentía sus pechos en la espalda y eso estaba empezándole a nublar su buen juicio. Ella ahora no estaba con Conrad, tal vez… pero no quiso pensar en ello. Suspiró.

—¿Qué te pasa? ¿Sigues pensando en tu familia?

—Algo así. Puede que fuera demasiado brusco esta mañana, Margaret, lo siento.

—No, si tienes razón. Y no me voy a ir de aquí hasta que se vayan los nazis del país.

—Será pronto, ya verás —dijo él y luego se mordió la lengua cuando ella lo miró. Se volvió de nuevo para seguir el camino y ella apoyó su cabeza en el hombro.

—¿Por qué no me dices toda la verdad, Connor? Sé que hay algo más que no cuentas.

—Si te lo dijera, ni siquiera me creerías.

—Prueba.

—No. No es malo y no estoy con los nazis ni soy un enemigo, eso que quede claro. Pero no ibas a creerme sin duda.

—Tengo la mente muy abierta —susurró en su oído—, dejé que me tocaras.

El escalofrío recorrió su columna hasta llegar a su pantalón que respondió de inmediato. Se habían alejado unos metros de los otros y ella pasó la mano por delante, rozándolo. Él la apartó con suavidad.

—No aquí, por favor.

—Hace casi un año que no veo a un hombre. Ni siquiera Conrad ha querido tocarme. Creo que no le gusto yo precisamente. Pero sé que a ti sí. Tú me deseas.

El pantalón comenzaba a resultar incómodo.

—Claro que sí, eres preciosa, inteligente y valiente. Sin embargo, no es lo correcto.

Ella bufó y apartó su mano.

—Ya te dije, mi filosofía es que puedes morir en cualquier momento y que hay que aprovechar esos instantes de felicidad. O tal vez eres como tu primo.

—No y lo hubieras notado. He estado con muchas mujeres y ellas terminaron satisfechas —contestó enfadado. Ella se echó a reír y susurró en su oído.

—Quiero ser una de ellas. Una muesca para tu arma, no me importa. Necesito… sentirme viva, como hiciste el otro día.

—Buscaremos un momento, Margaret. Lo encontraremos.

Ella se colocó más apretada a él, por suerte, llegaron donde estaba Conrad esperándoles. Había encontrado una casita abandonada a unos dos kilómetros del acantilado. Junto a ella, abrieron un granero donde dejar a los caballos. Connor pasó la pierna por delante y saltó al suelo y ella se dejó ayudar a desmontar. Lo miró, con una sonrisa traviesa y se retiró hacia la casa.

Connor atendió a los caballos y los colocó en los establos. Todavía había algo de paja e incluso encontró un pozo, donde llenó

varios cubos para que bebieran. Conrad lo observaba desde la puerta.

—De alguien que cuida tanto a un caballo se puede asegurar que es buena persona —dijo pensativo—, o eso decía mi padre.

—Hay mala gente que ama a los animales y al revés. Pero no pretendo nada malo, Conrad.

—Margaret y tú…

—Acabaré marchándome con mi familia. Igual que tú con la tuya. La guerra da estos momentos efímeros con personas que tal vez mueran o jamás vayas a ver.

—Entonces, ¿solo quieres aprovecharte de ella? —dijo remangándose la camisa—, porque eso sí que no lo voy a permitir.

—No, Conrad, no —dijo él levantando las manos. No quería pelea y menos con su tío abuelo—, pero ella tampoco quiere nada de mí que no sea… eso.

—Ah, ah, vale. Sí, bueno, ella quiso conmigo, pero no. Ya sabes.

—Tranquilo. No quisiera hacerle daño, te lo juro, pero las circunstancias son las que son.

—¿Y qué más da? Si tienes que volver a Escocia, llévala contigo. Le gustas de verdad. Nunca había prestado esa atención a nadie.

—Es complicado, Conrad. No puedo comentártelo porque… es complicado.

Se retiraron a un rincón mientras los demás iban a revisar el terreno. Conrad se sentó en un tocón y Connor permaneció de pie, dudando si contárselo o no.

—Sé que no eres mi primo, al menos uno que yo conozca, pero cuando me comentaste todo lo que sabías de Dunmore, supe que sí eras de mi familia, porque lo que tú sabías no podrías haberlo averiguado en una simple visita o preguntando al servicio. Pero no me cuadra, porque yo he vivido allí toda la vida y solo me he ausentado cuando me alisté. Así que empieza a hablar o renegaré de ti y ellos te… bueno, estamos en guerra.

Connor se sentó frente a él y suspiró. Sin duda su tío abuelo era muy inteligente y no le pasaba una.

—Está bien. Pero sigo pensando que no me vas a creer y que pensarás que estoy trastornado, pero no es así.

—No creo que tu cabeza ande mal, aunque sí es cierto que a veces haces cosas extrañas. Empieza, Connor. Te dije que confiaba en ti y es así.

—Verás —dijo él rascándose la cabeza—. Viajé en avión hasta Normandía porque vi una fotografía. Quizá si te la enseño puedes entender algo más.

Connor buscó en el bolsillo de su pantalón. La foto estaba doblada, pero se veía a una pareja.

—¿Cuándo te has hecho esta fotografía con Margaret?

—Mira por detrás, mira la fecha.

La miró y luego a él. Repitió el gesto.

—Es imposible. Aquí pone 20 de mayo de 1944 y todavía estamos a 16. Y no os he visto ir a la playa.

—Por eso, Conrad. Tú eres… mi tío abuelo y yo vengo del futuro.

Soltó la bomba y dejó que la reposara. Él se sorprendió, abrió los ojos, abrió la boca y la volvió a cerrar. Miró la foto, de cerca. La fecha. Luego a él.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo, si no sé qué los aliados van a desembarcar en Normandía el 6 de junio?

Él dio un respingo y miró a todos lados.

—Ni siquiera yo sabía la fecha. Es muy peligroso que… que te capturen. Deberías marcharte de aquí.

—¿Me crees?

—No le veo otra explicación y en… mi familia, nuestra familia, siempre han sucedido cosas extrañas. Mi madre decía que veía espíritus y hablaba con ellos.

—A mi hermanita le pasa eso —dijo Connor aliviado. Conrad sonrió de oreja a oreja.

—¿Así que eres mi sobrino nieto? ¡Que alegría!

—Sí. Me conociste cuando tenía uno o dos años. Según dice la señora Harris, la actual, su madre le decía que me tratabas con mucho cariño y me contagiaste la pasión por los caballos.

—Así que llegamos a… convivir. Yo sería anciano.

—Sí. Mucho. Viviste…

—No me lo digas. No… no quiero saber cuándo morí. Pero es una buena noticia que salga de esta guerra que… ¿ganamos?

—Sí, pero quizá es mejor que no te cuente mucho más.

—Desde luego, desde luego.

Se levantó y extendió las manos. Connor lo abrazó. No pensaba que lo fuera a creer y que tal vez lo tomase por alguien loco.

—Gracias por creerme, Conrad.

—Como te digo, no hay otra explicación lógica. —Se quedó pensativo mientras lo miraba—. Por eso dices que te tienes que ir, ¿no? ¿Cómo llegaste?

—Hay una cueva en la playa, una que se inunda con las mareas. Me metí allí y aparecí aquí. Cuando encontré la fotografía, vine a Normandía, a la de mi época y busqué pistas, pero claro, habían pasado muchos años. Pero cuando me acerqué a la cueva, escuché que alguien me llamaba. Y me metí.

—¡Caramba! Ha debido de ser un choque muy grande. Tu… época tiene que ser muy distinta.

—Si no hubiera perdido mi teléfono te la enseñaría.

—¿Llevabas un teléfono?

Connor se echó a reír.

—Mejor no te cuento nada. El caso es que estuve leyendo mucho sobre la época y sobre la guerra, quería saber qué pasó y en el fondo, pensé que podría ocurrir lo que ha ocurrido. A mi hermano le pasó algo similar.

—¡Cuéntame, por favor!

Le resumió la historia de Alistair y Vanessa y él se quedó sorprendido y fascinado. Pero ya no hubo opción a más preguntas, porque los demás regresaron.

—Ya tenemos el objetivo localizado, pero hay muchos soldados, demasiados —dijo Pascal desanimado—. No sé cómo vamos a llegar al bunker.

—¿Y si los distraemos? —dijo Connor—. Puedo ir con el caballo muy rápido, que ellos salgan por mí y quizá sea más fácil colaros.

—¡No! —dijo Conrad—, podrían atraparte.

Margaret se lo quedó mirando y pareció dudosa, pero Pascal asintió.

—Si te atrapan puedes decirles que te acercaste para curiosear. Es una excusa muy tonta, pero por eso mismo podría ser creíble.

—Si lo atrapan, ya sabes qué pasará —dijo Margaret seria.

—No tienen por qué atraparme, soy un excelente jinete. Puedo cabalgar campo a través, donde los vehículos no entren.

—Sigo sin estar convencido —dijo Conrad. Margaret miró a uno y a otro.

—Yo sí lo estoy. Es importante destruir esa torre de comunicaciones.

No estaba seguro de lo que significaba, pero desde el fondo de su corazón, pensaba que sería imprescindible. Margaret y Conrad asintieron.

—Está bien. Irás por la zona norte. Hay un camino que cruza delante de la torreta. Ellos tienen que verte lo suficiente como para perseguirte. Después, tienes que volver hacia el norte, allí hay una zona de campos cultivados que da a un pequeño bosquecillo. Y de ahí puedes bajar hacia el valle, o subir a la montaña, que es algo que te recomiendo. No podrán seguirte con el coche a través del bosque, pero lo rodearán y se dirigirán a la zona más baja. Tendrás que esconderte un día como poco.

—De acuerdo.

—Nosotros iremos por el acantilado, conozco el terreno y es posible escalar. Pondremos las bombas y nos dejaremos caer hasta la playa. Connor, es importante que te escondas bien. Te pondremos alguna provisión y mantas en la silla. Hay cuevas por la zona. Si tienes que soltar al caballo, hazlo, sabrá volver a la cuadra. Y si tuvieras que… matarlo por algún motivo, sé que amas a los animales, pero ante todo debes preservarte tú —dijo Pascal. Él tragó saliva, pero asintió. Esto no era un vídeo juego.

Casi sonrió al pensar que, si hubiera tenido el móvil, se habrían sorprendido, aunque quizá era mejor así.

—¿Cuándo salimos? —preguntó Connor entusiasmado. Margaret se volvió y salió de la cabaña, enfadada.

CAPÍTULO 9. DELIRIOS

Conrad le hizo una sutil seña para que saliera tras ella. Cuando lo hizo, la encontró apoyada en un tronco, mirando hacia el horizonte.

—¿Por qué estás enfadada conmigo?

Ella se volvió, furiosa. Luego, giró de nuevo la cara, secándose con rabia las lágrimas.

—Te crees un héroe, ¿verdad? El escocés que salvó la guerra. Será bonito verlo en tu lápida, cuando ellos te maten.

—No lo harán —dijo Connor colocándose enfrente. Ella le dio un empujón.

—Que yo sepa no eres ningún dios inmortal.

—No lo soy.

Ella miró hacia un lado y él pudo apreciar su hermoso perfil. Llevaba el cabello rubio y rizado recogido en una coleta, pero algunos mechones se habían escapado y rozaban la mandíbula tensa y delicada de la mujer. Él se acercó y retiró uno de ellos, llevándolo hacia atrás.

Luego, pasó el pulgar por su rostro para limpiar las lágrimas. Ella apoyó la mejilla en la palma y suspiró, mirándolo a los ojos.

—Sé que estamos en guerra, que apenas nos conocemos… pero no quiero perderte. Es algo que me sale de las entrañas.

—Y no lo harás, lo sé —dijo Connor. No podía enseñarle la fotografía de cuatro días adelante, porque posiblemente lo tomaría por loco.

—Estúpido *kilté* —dijo ella enfadada y pasó las manos hacia su nuca y lo besó. El beso fue al principio fiero, brusco, pero luego, apenas se rozaban con los labios, acariciándose, respirando el mismo aire. Él la tomó de la cintura y ella acabó refugiándose en su pecho.

—Lo siento, Margaret, no quiero hacerte daño —susurró él cerca de su cabello.

—Tampoco es que comprenda lo que me pasa —suspiró ella—. Me duele incluso pensar que pueda sentir algo por ti, cuando sé que es muy pronto y que tú no opinas lo mismo. No soportaría volver a perder a alguien como tú —terminó, mirándolo.

Él se sorprendió tanto que no supo qué decir. Entonces ella se retiró de su lado con tristeza.

Se quedó un rato pensativo, hasta que Pascal salió y lo avisó, iban a trazar un plan y, aunque lo normal era hacerlo al amanecer, no querían retrasarlo más. Irían de día, justo después de la comida.

Preparó el caballo con algunas provisiones y una manta por si tenía que hacer noche en alguna cueva perdida. Cuando entró, Pascal y Margaret se marchaban para escalar el acantilado. Ella no lo miró. Se fueron y él tomó un cuenco con gachas para comer algo, aunque no tenía hambre. Debería haberle dicho algo, pero se había sorprendido demasiado. ¿Ella estaba enamorada? ¿Qué sentía él?

—Margaret se ha enfadado —dijo Conrad cuando acabaron de comer.

—Sí. Ella dijo que no soportaría perderme y me quedé callado. No supe qué decir, porque… al final, deberé volver. Quizá sea mejor que me aleje de ella lo más posible porque le haré mucho daño y…

—No quieres porque te gusta de verdad.

Connor se encogió de hombros.

—Eso da igual. Debo volver.

—O puedes quedarte. Es una dura decisión, lo entiendo. Están tus hermanos y tu vida allí, en esa fecha. No seré yo quién te diga qué hacer. Estar en tu pellejo tiene que ser complicado, sobrino.

Él sonrió un poco. Le agradaba que él hubiera aceptado su historia. A la hora pactada, dio un abrazo a Conrad y se subió al caballo. Llevaba también una pistola, que, si bien sabía usar, se veía incapaz de disparar contra una persona.

Miró hacia el lugar por donde se habían ido hace tiempo ellos y suspiró. No quería implicarse y, sin embargo, en la fotografía se miraban enamorados. Espoleó al caballo y se acercó, al trote, hacia

el acantilado. Se jugaba la vida, claro, como muchos otros que habían luchado en esa horrible guerra.

Al poco, vio el lugar, un bunker hecho con ladrillos y dos coches alemanes delante. Él siguió galopando, sin parar. En el último momento, habían pensado en que debía tirarles una piedra o algo, porque si no era así, posiblemente no lo perseguirían.

Los alemanes se sorprendieron al encontrarlo por allí, pero hasta que no les tiró una piedra y dio al coche, no reaccionaron. Al principio se tiraron al suelo, pensando que era una granada, pero al no explotar, gritaron y los coches salieron tras Connor. Escuchó algunos disparos y uno le rozó la pierna. Pero el caballo era fuerte y veloz y consiguió distanciarse, sobre todo porque el camino era irregular y los coches de los nazis eran tipo jeep, pero de pequeño tamaño. Con tres soldados y el conductor en cada uno, eran muchos enemigos para poder salir de esta.

Se metió campo a través con el caballo y uno de ellos lo siguió, pero el otro se quedó atascado. Debía llegar al bosque como fuera. Cuando lo alcanzó, el disparo de un alemán le dio al caballo y lo tiró al suelo. El caballo acabó cayendo, aunque pudo saltar en el último momento y aunque lo sintió mucho, tomó su mochila y salió corriendo. El coche se acercaba a él y su pierna estaba llena de sangre. En ese momento no sabía si era suya o del caballo.

Consiguió esconderse tras unos árboles. Miró su pierna y tocó la herida. Sin duda, era su sangre. Los alemanes habían bajado del coche y lo buscaban. Tenía que seguir. Se quitó el jersey y lo puso alrededor del muslo, intentando cortar el flujo de sangre. Agitado, siguió caminando, cojeando, hasta el final del bosque, siempre hacia la dirección donde crecía el musgo, o sea, el norte.

Llegó a una pequeña elevación y la rodeó, buscando algún lugar donde esconderse, aunque no creía que los alemanes dejaran de buscarlo. Quizá pasaba como en la película *Regreso al futuro*, que la foto comenzaría a desaparecer.

No pensó más en ello, sino en salvar la vida. Se metió en una pequeña cueva donde no podía ni ponerse de pie y sacó la pistola, por si acaso. Escuchaba a los alemanes gritar bastante cerca de él.

Entonces escuchó la explosión y las voces comenzaron a alejarse. Suspiró aliviado.

Se quitó el jersey de la pierna y rompió el pantalón con una navaja. La herida no paraba de sangrar. No sabía si había afectado a una arteria, pero tenía que cortarlo como fuera. Tal vez llevaba la bala dentro.

Volvió a anudarse el jersey y buscó en la mochila. Llevaba solo la manta así que la apretó bien contra la herida y se quedó allí, tirado, esperando a que se hiciera de noche para intentar salir sin que lo vieran. Porque necesitaba atención médica o iba a morir.

Supuso que se había desmayado cuando volvió a abrir los ojos. Se incorporó y vio que la manta estaba empapada de sangre. Su debilidad era tal que ni podía levantar la botella de agua. Sintió que sus padres se acercaban. Estaba alucinando, claro.

—Hijo mío —dijo su madre—, aguanta, todavía no te vas a reunir con nosotros.

—Eres muy valiente —dijo su padre ¿o era su hermano? Se parecían mucho.

—La ayuda llegará pronto —susurró su madre.

Cerró los ojos, hasta que sintió que alguien lo movía y le daba suaves cachetes en la cara. Él abrió los ojos vidriosos y sonrió. Murmuró algo, pero solo sintió que ella, porque era su Margaret, quitaba la manta de su pierna. Empezó a temblar de frío y notó algo frío y doloroso en la pierna. Se desmayó y cuando volvió a abrir los ojos, pensó que estaba en el cielo.

Ella reposaba a su lado, dormida y él sentía mucho calor. Puede que estuviera febril. Se movió un poco, ni siquiera sabía dónde estaba. ¿En algo blando?

Margaret abrió los ojos y lo miró.

—¡Por el amor de Dios! ¡Has despertado!

—¿Dónde…?

—Estás en casa —dijo ella. Él no comprendió.

—¿Dunmore?

—No, no, en mi casa. En Normandía.

Él asintió y volvió a cerrar los ojos, cansado. Ella le dio un beso en la mejilla y él murmuró algo.

Abrió los ojos, algo más despejado. Estaba solo, en una habitación blanca, sin apenas muebles. Intentó incorporarse y destapó la pierna. Estaba vendada y no parecía sangrar. Notó que estaba más fuerte y que no tenía fiebre. Buscó su ropa con la mirada, pues estaba desnudo.

Se giró y se quedó sentado en la cama con gran esfuerzo. Puso un pie descalzo en el suelo, luego el otro. Tenía que levantarse, saber… qué pasaba. Pero en cuanto se puso de pie, se mareó y se cayó al suelo.

Margaret y Conrad entraron corriendo. Intentó levantarse, tapar su desnudez, pero ellos lo tomaron de las axilas y lo ayudaron a echarse de nuevo.

—¿Dónde ibas? —abroncó ella. Él intentó taparse, pero ella pasó la manta por él—. Tranquilo, ya he visto bien tu cuerpo. ¿quién te crees que te lavó?

—¿Cómo estás? —preguntó Conrad.

—Hecho mierda —contestó él en voz baja.

Ella se echó a reír y Connor la miró enfadado.

—No creo que sea para reírse —dijo.

—Yo os dejo, creo que tenéis mucho que hablar —dijo Conrad con media sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Es el día de reírse de Connor? —dijo él molesto. Ella fue a buscar un vaso de agua del aparador y él bebió despacio. Se incorporó y se quedó apoyado en el cabecero de la cama, tapado de cintura para abajo.

Margaret miró su pecho desnudo y él sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. Lo miraba con… deseo.

—No estoy en condiciones —dijo él ofendido. Ella levantó la vista, apretando los labios para no reírse.

—Supongo que te debo una explicación. Es que eres tan…

Ella se acercó y le dio un beso suave en los labios. Él se sorprendió, pero le agradó y acarició su rostro.

—Sí, necesito que me cuentes, por favor.

—Está bien. Pascal y yo subimos por el acantilado y, cuando los nazis te persiguieron, pudimos poner las bombas por todo el perímetro. Bajamos corriendo hacia la playa y cuando explotaron,

estábamos a bastante distancia como para que nos atraparan. Volvimos a la casa y la verdad, Conrad estaba muy preocupado. Así que esperamos a que los nazis se agruparan y nos marchamos, dando un rodeo. Supusimos que te habías escondido, pero él no hacía más que decir que estabas en peligro. No sé cómo lo supo. Así que decidí buscarte y me acompañó.

Suspiró y le tomó de la mano, acariciando el dorso. Se veía preocupada.

—Cuando vimos el caballo, temíamos lo peor, pero, y no sé cómo lo hizo, tu primo te encontró en la cueva. Hiciste bien en apretar la herida, tal vez eso te salvó la vida. Estabas delirando. Pudimos traer uno de los caballos para llevarte y conseguimos llegar hasta mi casa. Conrad es de tipo 0 y como sois parientes, te hicimos una transfusión vena a vena. Debes estar muy agradecido a él. Y llevas dos días delirando. Dormí contigo para vigilarte.

—Os estoy muy agradecido —dijo preocupado. No sabía si había dicho algo de su vida… normal—. ¿Y qué he delirado? Seguro que son tonterías.

—Oh, creo que no lo son —dijo ella con una amplia sonrisa.

—¿Qué… he dicho?

—Al principio llamaste a tus padres, algo muy normal. Luego creo que me debiste ver y empezaste a hablar… —dijo ella sonrojándose—, menos mal que solo estábamos con tu primo.

—¿Pero qué dije?

—Bueno, hablaste de mí, de nosotros…

—Por favor, Margaret, empieza a hablar de una vez.

Ella volvió a sonreír y acarició su rostro.

—Dijiste que me amabas, lo repetiste muchas veces, que no querías irte, pero que tenías que hacer, y cito literal, «un regreso al futuro», que no sé qué quiere decir. Dijiste que querías hacerme el amor todos los días.

—Ah.

Ella lo miró divertida y él pareció nervioso.

—¿Dije todo eso?

—Uy sí. Y más que el decoro me impide contarte. Conrad se sonrojó cuando hablabas de las cosas que querías… hacer conmigo

en la cama. Se marchó cuando comenzaste a ser más explícito. Eres un perverso, Connor McLeod.

—Joder, lo siento. Siento si te he ofendido.

—No, a decir verdad, estoy deseando que te recuperes y cumplas tus promesas —dijo ella acercándose para besarlo un poco más. Ella tomó su mano y la puso en su pecho, él se separó y la miró confundido.

—Ya te dije que no era una mujer convencional.

—Me parece bien.

—Entonces, ¿estás enamorado de mí?

—Podría ser. Sé que es poco tiempo. Pero hay algo que me impulsó a venir aquí. Algo que no comprendo. Y todo acaba en ti.

—Es precioso. Si te digo la verdad, mi corazón dio un vuelco cuando te vi y no comprendí qué ocurría. Es como si…

—Estuviéramos destinados a encontrarnos.

Ella se puso seria y asintió. Connor abrió el brazo y ella se echó junto a él, sin decir una palabra más. Margaret pasó el brazo por la cintura del hombre y su corazón comenzó a palpitar más fuerte. Podía reconocer que la amaba, lo mismo que sabía que debía irse, más tarde o más temprano.

CAPÍTULO 10. ATRAPADO

Al día siguiente se encontraba mucho mejor y Conrad les propuso ir a pasear por la playa. Se colocó la ropa de su tío y ella un fresco vestido veraniego. Mientras se cambiaba, Conrad se acercó a él.

—Deberías decírselo. Cuéntaselo todo. Porque acabarás marchándote, ¿no es así?

—Puede que me quede un tiempo, necesito pensar. Y si puedo, ayudar en esta dichosa guerra.

—Margaret es una mujer directa y sincera. No merece que le ocultes información.

—Lo sé, lo sé. Se lo diré si… veo la ocasión. Primero necesito asimilar otras cosas.

—Como que estás enamorado de ella.

—Sí. Nunca había sentido algo así por ninguna mujer y estoy confuso.

—¿Cuántos años tienes, Connor?

—Veintitrés.

—Yo tengo diecinueve, aunque parezca mayor que tú. Y ella tiene veintiocho. Es una mujer muy madura, que ha perdido a mucha gente. Lo que quiero decir es que a lo mejor tu edad en tu tiempo no es lo mismo que aquí, al igual que la de mis padres no era igual que la actual. Que tal vez seas joven para un compromiso tan grande, y solo te pido que no le hagas daño.

—No quiero hacérselo, pero no pertenezco aquí.

—¿Estáis listos? —dijo ella removiendo su cabello suelto. Estaba preciosa, con un vestido ligero y los labios pintados de rojo.

Caminaron, él cojeando ligeramente por la herida sufrida. Por suerte, no había afectado a hueso, aunque era posible que, si no la

curaba bien, no volviera a caminar con normalidad. Poco le importaba.

Ella le tomó de la mano y Conrad les contó su última visita a Londres, antes de la guerra. Su tío era, sin duda, muy inteligente y con un humor que no solía mostrar.

Bajaron a la playa, pero Conrad se quedó en las rocas, tomando alguna instantánea de la playa y dándoles un poco de intimidad. Atardecía cuando él la tomó de la cintura y se acercó a ella.

—Pase lo que pase, que sepas que sí te amo.

—Seas quién seas, que sepas que yo también —dijo ella. Se dieron un suave beso y se quedaron mirándose un tiempo sin hablar. No era necesario.

Connor miró hacia la cueva. La marea comenzaba a bajar. Si se metía allí, quizá acabara en su tiempo. Su tío se acercó a él.

—¿Es esa?

—Sí, es esa cueva.

—¿Qué ocurre con la cueva? No pensaréis meteros. Es peligrosa. Cuando sube la marea se inunda y de hecho hay una leyenda sobre ella de un hombre que se metió allí. Pero no solo él.

—¿Qué leyenda? —preguntó Connor, había leído algo, pero no se acordaba.

—Según la tradición oral, hace siglos un joven guerrero que no recuerdo su nombre, desapareció en la cueva durante una tormenta. Su esposa esperó cada día el regreso en los acantilados y decía que algunas veces escuchó su voz llamándola. Por eso, se metió en ella y pereció ahogada, aunque no encontraron su cuerpo. Y otra leyenda dice que un caballero del siglo XI, Sir Rowan de Bayeux, utilizó la cueva para escapar de una emboscada. Su sirviente lo vio meterse y pensaron que había muerto. Apareció unos años más tarde, contando historias extrañas, pero se convirtió en un hombre poderoso. Si hubiera sido mujer, seguro que la hubieran acusado de brujería.

Conrad y él se miraron. La historia encajaba. Desaparecidos que no se ahogan, o incluso el hombre que debió visitar el futuro.

—¿No es extraño? —dijo ella. Los dos hombres se quedaron serios, pero al final, Conrad habló.

—Siempre ha habido leyendas en todas partes. Según mi madre, el castillo donde vivimos estaba lleno de fantasmas, de antepasados que nos cuidaban.

—Yo no creo en fantasmas ni en leyendas —dijo ella seria. Caminaron un rato más hasta llegar a la casa.

Una patrulla alemana pasó a su lado y ellos bajaron la cabeza y se apartaron a un lado, pero Connor dio un mal paso y se sujetó la pierna. El que dirigía a los soldados lo miró, se acercó a él y le dio un golpe en la pierna. Connor cayó al suelo, dolorido.

Margaret y Conrad se tiraron a defenderle, pero los soldados los pararon, apuntándoles con una pistola.

—Este es el del caballo. Sé que lo herí en la pierna. Cogedlo. Y vosotros, si sospecho que sois quienes pusisteis la bomba, no me importa que nos hayáis curado las heridas, acabaré con vosotros.

—¡No! —gritó Margaret al ver que se llevaban a Connor. Su herida se había debido abrir y manchaba el pantalón. Lo montaron en uno de sus coches y salieron deprisa, sin dejar de apuntar a los dos que se quedaban.

Él los miró con pena. Iba a ser difícil librarse.

CAPÍTULO 11. INFILTRADO

Lo encerraron en una bodega, atado a una silla. La herida se había abierto y su pantalón empezaba a empaparse de sangre, no como cuando fue alcanzado por la bala, pero si continuaba así, acabaría mal.

No supo cuánto tiempo había estado allí, en ese sótano vacío, iluminado solo por un pequeño ventanuco que le permitió ver que se había hecho de noche y que ya amanecía. Se había quedado dormido, agotado. Se acordaba de sus hermanos, de lo que le dolería no volver a verlos. Y de ella. Solo que seguía pensando que era mejor marcharse. Si es que salía vivo.

Un hombre con el uniforme negro entró allí tomando un café y mirándolo atentamente.

—¿Su nombre?

—McLeod. Soy escocés.

—Ya lo sé. ¿Ha venido aquí para sabotear nuestras instalaciones?

—No, he vuelto con mi esposa.

—Pensé que la señorita Harris era viuda.

—Soy su segundo esposo. Ella pensó que había muerto.

—No lo sé. ¿Por qué iba a montar a caballo delante de nuestra instalación justo antes de que la hicieran explotar?

—Yo no fui. Se confunden.

El primer puñetazo en la cara llegó sin avisar. Lo tiró al suelo y se golpeó la cabeza. El tipo gritó y entraron dos soldados que lo levantaron, silla incluida. La sangre le goteaba de la nariz.

—Tenemos muchas opciones para sacarle la información. Ninguna de ellas es agradable. No me importa pegarle un tiro, o dispararle a su esposa, si es que lo es.

—Si vas a matarme, me tomaría un café.

El segundo puñetazo fue en el estómago y no lo tiró al suelo, pero sintió ganas de vomitar. Respiró trabajosamente y escuchó cómo entraban una mesa pequeña con varios útiles metálicos. No iba a ser agradable.

—Entonces, señor McLeod, ¿va a cooperar o tenemos que agujerear su rodilla? Tal vez debamos traer a la señorita Harris y que algunos de mis soldados se diviertan con ella.

Él apretó la mandíbula, pero no se movió. No quería darles motivos para que la atraparan.

Otro puñetazo, esta vez en la cara, lo tiró al suelo. Sangraba ya por la cabeza, por la nariz y el pantalón se había mojado con la herida abierta.

Las luces parpadearon y el tipo se volvió hacia la puerta, que explotó y lo tiró para atrás. Dos hombres armados con metralletas Sten dispararon contra él.

Uno de ellos, alto y fuerte, lo levantó.

—¿McLeod?

Él afirmó, sin fuerzas, así que el tipo soltó sus manos, lo cargó al hombro y lo sacaron disparando a todos los soldados que se encontraban por el camino. Eran un grupo de hombres vestidos de negro y con pasamontañas. Lo subieron a un coche de los alemanes y salieron deprisa. Él parpadeó, mientras alguien le ponía algo en el muslo y limpiaba su cara.

—Margaret…

—No, hombre. Si llamas así a Williams se va a cabrear. Descansa. Te llevamos a un lugar seguro.

Cerró los ojos, no identificaba a quien se lo había llevado. Supuso que eran de la resistencia, y que pronto estaría con ella. No era un cobarde, pero la guerra era… demasiado.

Abrió los ojos echado en un pajar. Se tocó la cara y encontró algunos apósitos.

—Escocés, has despertado —dijo un hombre grande y con el cabello corto y rubio. Llevaba un uniforme de camuflaje y, por el acento, no era francés. Tampoco inglés.

—¿Quién eres?

—Sargento Calver, de la OSS. ¿El golpe te ha hecho olvidar tu misión?

—No… sé de qué me hablas.

—Sí que te han dado duro. ¡Williams! ¿Tienes una aspirina para McLeod?

—Ahora voy, mi sargento.

El hombre de tez oscura se acercó con una pastilla y agua. Se la ofreció a Connor y se lo quedó mirando. Él la tomó. Ellos eran americanos. Le sonaba haber leído que la OSS fue la precursora de la CIA.

—Mi sargento, solo vi a McLeod una vez, pero yo diría que no es él. Se parece, sí…

Connor comprendió. Buscaban a su tío abuelo.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —dijo el sargento.

—Connor McLeod.

—¡No me jodas! ¿Cómo es que te atraparon los *boches*? ¿Qué tienes que ver con…?

—¿Conrad? Es mi primo. Nos… parecemos.

—¡Joder! —dijo el sargento cabreado. Se levantó y caminó de arriba abajo pensando. Luego se volvió hacia él —. ¿También eres como tu primo?

—¿Espía? —preguntó él casi divertido. Conrad le tendría que dar una explicación.

—Algo así. ¿En qué ejército estás?

—En realidad, en ninguno.

—¿Eres un desertor o un cobarde?

—Ninguna de las dos cosas. —Debía pensar rápido porque el sargento había echado mano de su pistola—. Estuve enfermo y no pude alistarme. Por eso ahora que estoy bien he venido, para ayudar.

—Nos podría valer, sargento. Se parece mucho y los papeles valdrían. No nos da tiempo de volver a buscar a Conrad.

—Pero no está entrenado. ¿Hablas alemán acaso?

—Sí. Aprendí… hace tiempo.

—Podría servir —dijo el sargento rascándose la oreja—. ¿Se recuperará para mañana?

—¿Servir para qué? —preguntó Connor antes de que el tal Williams pudiera contestar.

—Para la operación, por supuesto. Supongo que tendremos que ponerte al día. Estamos en Le Tréport, en el departamento de Seine-Maritime, a unas dos horas de donde te encontramos. Hay un centro de operaciones nazi llamado Kahl-Burg, donde Conrad iba a infiltrarse y conseguir documentos cruciales sobre las defensas del Muro del Atlántico y los planes de respuesta alemana ante el inminente desembarco aliado. Nos costó mucho conseguir los permisos necesarios para que tu primo entrara.

—Y no hay tiempo de encontrar a Conrad. Los *boches* están muy enfadados desde la explosión de su centro de comunicaciones. Así que tendrás que entrar tú —dijo Williams—. ¿No querías ayudar? Aquí tienes tu ocasión.

—Quiero ayudar, pero no sé si estoy preparado —dijo Connor. Esto eran palabras mayores.

—Mira, lo único que tienes que hacer es entrar en el despacho del coronel Wilhelm Reinhardt, buscar los documentos necesarios y hacerle fotografías con una cámara que te proporcionaremos. Es una Minox Riga, fácil de usar. La llevarás escondida en un cepillo y tienes que sacarla tal cual. Tienes cincuenta fotos para hacer, no las desaproveches.

—¿Pero cómo entraré?

—Serás limpiador. Y nos va bien que cojees, porque así no te tomarán tanto en serio. Siempre con la cabeza baja y sin mirarlos a los ojos. Y si te obligan a ello, muestra miedo, terror. O te pegarán un tiro sin más. El coronel es muy desconfiado.

—Joder —exclamó Connor. En buen lío se había metido.

—Venga, chaval —dijo Williams dándole una palmada de ánimo en la espalda—, todo saldrá bien, pero de verdad que es muy importante que consigas esos planos.

—Haré lo posible —dijo él, pero el sargento también le dio una buena palmada.

—Seguro que sí. Venga, ahora a comer algo y luego te presentarás con tus papeles.

—¿Podría avisar a Conrad?

—No, eso es de primer curso de espía. Nunca dices a otros dónde están y menos si es familia. Te llevaremos allí cuando salgas, te lo prometo. Nosotros estamos escondidos con la resistencia de la zona, pero de noche viajamos de un lugar a otro. Y si no, uno de nuestros contactos te llevará, no te preocupes —suspiró mirándolo —. Esto es importante. Puede que sea una misión difícil, pero será mucho peor si no lo conseguimos.

—Está bien, sargento.

—Llámame Ted, todos estamos en esto para luchar por la libertad —dijo él. Asintió y después de comer algo parecido a un puré con arroz, se preparó. Esperaba que Margaret y Conrad estuvieran bien. Quizá los nazis habían tomado represalias, rezaba porque no fuera así. Cuando volviera, si lo hacía, le gustaría hablar con Conrad. Él le había contado que venía del futuro, pero él no, que era espía, aunque, claro, quizá no debería.

Williams le dio ropa de trabajador. Todavía llevaba la foto, así que se la metió en la bota. Le dieron una pequeña maleta con una muda y el cepillo. Williams también le dio una aspirina, o eso pensó, porque se encontraba mucho mejor.

—Bien, escucha. Eres un trabajador extranjero, finge ser un poco lento de entendederas, ¿comprendes? Vas a tener que estar al menos un día sin hacer nada, solo limpiando y ganarte la confianza. Entérate bien de dónde está el despacho y al amanecer del día que sea, cuando vayas a limpiar, entras, haces las fotos y colocas un cepillo en el exterior de la puerta de la cocina, hacia arriba y sabremos que debemos recogerte. ¿Comprendes?

—Sí. Entiendo. ¿Y si no venís?

—Tendrás que escapar por tu cuenta. Pero la gente que trabaja allí no suele salir. Duermen y viven allí. Los *boches* no se fían. Por eso fue tan difícil conseguir unos papeles para tu primo. Por cierto, te llamas Charles Lorran y, como te digo, tienes que hacerte pasar por lento de mente, como si no entendieras las cosas a la primera. Cojea lo que puedas sin exagerar.

—Mi sargento, lo hará bien —dijo Williams, pero ambos se miraron dudosos.

—No hay otra opción que hacerlo bien —dijo él—. Quiero salir vivo y volver con los míos. Así que vamos a ello.

—Bien hecho, muchacho —dijo el sargento dándole una fuerte palmada—. Como te dije, en el cepillo de los zapatos llevas la cámara. Registrarán tus pertenencias, así que no te pongas nervioso. Está muy bien camuflada. Para sacarla solo tienes que meter algo punzante en el centro del cepillo y se abrirá el compartimento.

Le dieron la bolsa y se vistió con ropa muy sencilla, zapatos casi rotos y Williams le puso una gorra.

—Nunca andes derecho, siempre encorvado —dijo como último consejo. Un hombre francés acudió con dos bicicletas y él se montó en una. Menos mal que había aprendido de pequeño.

El sol comenzaba a teñir el horizonte de un tono ámbar cuando se dirigieron al pueblo. Las calles empedradas no eran cómodas para pedalear, sobre todo con su herida a medio cicatrizar, y él solo se concentraba en seguir al hombre francés. Se fijó en la ropa que le habían prestado, unos pantalones oscuros con remiendos y muy desgastados y un jersey de lana que apestaba a tabaco. La gorra ocultaba parcialmente su rostro y en el portaequipajes de la bicicleta, llevaba la bolsa con una muda y los objetos de aseo. Un escalofrío recorrió su espalda. Si lo descubrían, lo ejecutarían sin una palabra.

El francés giró a la derecha en una calle estrecha y pasaron por delante del puerto que todavía estaba vacío. Solo una anciana barría la puerta de su casa, sin levantar la cabeza.

Más adelante encontró un grupo de soldados alemanes apostado en una esquina, fumando cigarrillos y charlando. El francés pasó por delante muy despacio y él mantuvo su ritmo, deseando poder esconderse, pero tenía que ser frío. Un soldado alemán se lo quedó mirando, pero luego simplemente dio una calada a su cigarrillo y lo ignoró.

Resistió el impulso de ir más deprisa, pero el francés incluso había bajado la velocidad. Se alejaron del puerto y el tipo lo llevó hasta una colina, donde se veía el búnker.

El camino se volvió más empinado conforme dejaban atrás el centro del pueblo. Tuvo que inclinarse hacia delante para mantener el ritmo mientras subía por el sendero que serpenteaba por los acantilados.

El francés le señaló una cabaña de madera donde había varias bicicletas y luego la entrada del búnker donde había varios soldados.

—*Présente tes papiers et que Dieu t'accompagne… Si tu es découvert, je ne pourrai rien faire pour toi.*

—Lo sé. Gracias por acompañarme.

El hombre asintió y se marchó. Sí, sabía que a partir de ese momento estaba solo y nadie podría ayudarle.

Tomó su bolsa y con la cabeza baja y sin tener necesidad de fingir pues la pierna le dolía mucho, se fue hacia la entrada del búnker.

CAPÍTULO 12. UN TRAGALUZ INTERESANTE

—¡Alto! —gritó un soldado alemán apuntándole con su arma.

—¡No dispare! ¡Por favor! —dijo dejándose caer de rodillas y humillándose. Era la hora de fingir.

—¡Papeles! —dijo el hombre. Connor metió la mano en su bolsillo y con mucho nerviosismo sacó el permiso de trabajo de su primo. La verdad es que la foto no era muy clara y podría pasar por él—. ¡Tu cara!

Él levantó el rostro y se quitó la gorra, dejando la boca abierta como si… no entendiera nada. El tipo puso el papel a su lado, luego le hizo levantarse y lo registró. Miró su bolsa y lo dejó pasar.

—Sigue el pasillo hasta el final y a la derecha encontrarás a la jefa. Ella te indicará. Se llama Renard. Ve, no le hagas esperar o te azotará.

Connor asintió. En realidad, no le costaba mucho parecer muerto de miedo. Tenía que reconocer que no se esperaba esto ni en mil años. Entró en el búnker y se encontró con otros soldados que lo ignoraron. Llegó al sitio que le había indicado y encontró una puerta. Llamó.

—Adelante —dijo una voz femenina en francés. Él pasó y se encontró a una mujer de unos ochenta años, con el rostro enjuto y serio que lo miró de arriba abajo.

—Charles Lorran, ¿verdad?

Él asintió.

—¿No sabes hablar? ¿Otra vez me han mandado a un estúpido? ¡Maldito Françoise! Al menos sabrás limpiar, ¿no?

—Sí, señora —dijo en un tono de voz bajo. Ella se levantó e hizo que la siguiera a través de los pasillos. Connor llevaba la gorra y la

vista baja, pero no perdía detalle. Bajaron por unas escaleras y llegaron a una sala con una docena de camas y al lado una taquilla.

—Espero que no lleves nada de valor o te lo quitarán. La gente aquí es mala.

—No tengo nada —dijo arrastrando las sílabas.

—Cámbiate. Solo se come una vez al día, a las siete. El resto, hay que limpiar el edificio. Como se te ve fuerte, irás a la bodega, con las armas, pero ten mucho cuidado, si se te cae una, explotará esto —dijo riéndose. No comprendió la broma, pero dejó sus cosas en la taquilla. Hizo como si se cepillara los zapatos y sacó la cámara para metérsela en la bota. No se fiaba de que alguien quisiera su cepillo.

—Eh, tú —dijo un tipo medianamente alto y que iba medio limpio. Los dos que lo rodearon se veían sucios y rudos.

—¿Qué? —dijo Connor sin levantarse.

—¿Tienes algo de comer? ¿Has traído algo en esa bolsa mugrosa?

—No tengo nada. No quiero pelear.

El tipo se echó a reír.

—¿Lo habéis oído? No quiere pelear, como si tuviera alguna opción. Tú, mira su ropa.

Uno de los secuaces revisó sus cosas, tirándolo todo al suelo. Sacó el cepillo.

—Solo tiene esto.

—Bien, pues me lo quedaré. Eres más pobre que las ratas y me da que eres medio tonto. Harás lo que yo te digo y cuando yo te lo diga, ¿entendido?

Él asintió con rabia. No podía meterse en peleas en ese momento. Se llevaron el cepillo y comenzó a recoger la ropa. Unas manos le ayudaron. Era una mujer de unos cuarenta que le sonrió.

—Es un bravucón. Siempre amedrenta a los nuevos. Los demás rezamos para que aparezca alguien que le dé una lección. Tú eres grande y no has dejado de observar todo desde que has venido.

—No, no vengo a pelear.

La miró y ella asintió.

—Me llamo Florence. Aquí dormimos todos juntos, mujeres y hombres. Hay cuatro mujeres y cinco hombres, seis contigo. Pierre no se mete con nosotras, pero sus hombres a veces sí. Dos de ellos, los otros dos son muy ancianos y pasan desapercibidos.

—¿Y la señora Renard? —se atrevió a preguntar en voz baja.

—Ella era una mujer muy rica. Los alemanes le quitaron su casa y para que no asesinaran a su familia, trabaja para ellos. Al menos, sus hijos están vivos. Pero no te confundas, hará lo que sea para mantenerse viva y también a los suyos, incluso delatar a quien… sea. ¿Comprendes?

—Sí.

—Me llamo Charles —dijo él mirándola a la cara.

—Pues Charles, te aconsejo que pases desapercibido y no hagas nada raro, porque los *boches* aprovechan cualquier cosa para pegar un tiro. El último que durmió en esta cama tiró el café del general al suelo por accidente y él mismo le voló la cabeza.

—Entendido.

—Bien. Aunque das otra impresión, sé que eres listo. Sigue siéndolo.

Ella se levantó y se alejó de allí. Terminó de doblar su ropa y se quedó sentado en la cama, sin saber qué hacer. Pronto, Florence le hizo una seña y fueron a la cocina, donde les sirvieron un bol de una pasta que parecía gachas y agua para beber. También dejaron unas rebanadas de pan duro delante. Vio que todos se las echaban en la pasta y él hizo lo mismo. Aunque era algo que no tenía muy buen sabor, lo comió. Necesitaba fuerzas.

Cuando volviera a casa se iba a dar un festín. Si volvía, porque cada vez se estaba convirtiendo en algo que parecía imposible. ¿Cómo saldría de allí? Vio la puerta de la cocina que estaba abierta para ventilar olores y varias escobas. Tal vez podría poner la escoba y salir de allí, marcharse… tampoco es que la guerra dependiera de él. Pero luego bajó la cabeza y continuó comiendo. No podía hacer eso. Terminó y observó al resto de sirvientes. Las cuatro mujeres se sentaban juntas y excepto una que parecía tener unos veinte años, las otras eran como Florence o mayores. Mantenían la cabeza baja, mientras que el tal Pierre bromeaba y devoraba un guiso de carne y

una manzana. Privilegios de ser el matón del lugar. La cocinera y los dos pinches parecían también obedecerle a él.

Le señalaron un baño donde hacer sus necesidades y aprovechó para lavarse la cara y enjuagarse la boca, ya que no tenía cepillo de dientes. Otra cosa que haría al volver, una buena revisión en el dentista. Se echó en la cama sin quitarse los pantalones y metió la cámara en la ropa interior, para no perderla.

La noche pasó demasiado rápida. No había amanecido cuando alguien le dio una patada. Se despertó sobresaltado y vio a uno de los secuaces de Pierre reírse. Le daría de hostias, pero eso lo destaparía. Usó el baño y se vistió.

Florence parecía cansada.

—Creo que te bajan al sótano de las armas. Ten cuidado, que no se te escape ninguna y no se te ocurra robar nada.

—No voy a robar nada —dijo él.

—Mejor. Pero ni una bala. O te matarán. Solo friega el suelo y mantén la cabeza baja.

Uno de los señores más mayores le hizo un gesto y lo siguió por unas escaleras de piedra. Abajo había una escoba y varios trapos con un palo. No supo muy bien qué hacer hasta que el hombre le enseñó. Mojaba el trapo o *serpillière* como lo llamaba y luego lo tiraba al suelo y con el palo lo pasaba para limpiar. ¡Con lo útil que era una buena fregona!

Luego, una vez usado, lo aclaraba con las manos en el cubo.

—Ahora tú. Yo voy a barrer por allá.

Se fue al otro lado y él empezó a fregar para no llamar la atención. Había varios soldados alemanes que jugaban a las cartas y fumaban. Se retiró hacia las esquinas para no llamar la atención. El lugar olía a aceite y a pólvora, como en un taller. Pero las estanterías estaban muy ordenadas y las armas se disponían en paralelo. Vio rifles, pistolas, también cajas de munición apiladas con etiquetas que marcaban Mauser o Parabellum.

Más allá había una fila de uniformes, cascos y máscaras de gas, así como algunas botas caídas. Al fondo, pudo ver barriles de madera con algo que olía más fuerte y una fila de cajas de

granadas. Eso era un polvorín. Podría saltar por los aires en cualquier momento.

Por lo que estaba viendo, la cantidad de armas que había allí podrían ser demasiado importantes como para no dejarlas, pero no podía hacer nada, sobre todo, sin volar también a los empleados.

Terminaron en ese lado sin incidentes y subieron al piso de arriba, donde, por ser nuevo, le tocó limpiar las letrinas. El americano que le había dicho de ir allí se acordaría de él, pensó casi con ganas de vomitar. Hizo lo mejor que pudo y el hombre, que se llamaba Henri, lo llevó a limpiar una sala de reuniones. Eso le interesó más. Allí no había nadie. Y fregó el suelo, de nuevo a mano y aunque no había papeles sobre la mesa, sí que pudo leer algo en la pizarra. Cogió el paño para limpiar la superficie y de paso intentar leer algo. Pero solo consiguió leer Pointe du Hoc. Que él recordaba que era un lugar fortificado donde desembarcaron los estadounidenses. Lo guardaría en su cabeza por si acaso.

Terminó y aunque estaba muerto de hambre, nadie le ofreció nada de comer y el hombre le indicó que bajaran al dormitorio. Allí estaban todos, sentados, sin comer.

Miró a Florence y ella se sentó cerca.

—No nos permiten comer al medio día. Solo la cena. Ellos están comiendo ahora. Incluso Pierre y los demás. Si alguien tuviera que hacer algo, tal vez sería el momento. Porque están un buen rato y beben licor. Luego juegan a las cartas, sobre todo los oficiales.

—Gracias, Florence. Creo que voy a estirar las piernas y a ir al baño.

—Ten cuidado con el coronel Reinhardt, suele echar la siesta en el despacho, en la segunda planta, aunque hoy me parece que salió de visita.

Connor no podía estar más agradecido.

Subió las escaleras de servicio con una escoba en la mano, por si acaso. Lo cierto es que estaba deseando salir de allí cuanto antes.

Investigó la primera planta, mientras barría el pasillo. Allí solo había oficinas que en este momento estaban desiertas. Se asomó a alguna de ellas, sin encontrar nada interesante. Después, subió a la

planta de arriba, pero dos soldados le impidieron entrar, así que volvió a bajar al sótano, decepcionado.

Al poco de descansar en la litera, los llamaron para seguir limpiando. Esta vez tuvo que subir a la azotea para quitar algunos nidos de pájaros secos. El lugar estaba al lado de un tejado resbaladizo, y subió con Pierre, que le indicó que tenía que quitarlos de allí. No parecía fácil y él no era torpe, pero su pierna le estaba molestando bastante.

Exagerando su torpeza, consiguió subir. Allí había varios tragaluces que daban a diferentes despachos y entonces vio a un grupo de militares reunidos. Acabaron por macharse, y se quedó solo el de más graduación. ¿Había sido una afortunada casualidad? Miró la ventana. No tenía cerrojo porque ¿quién se arriesgaría a subir al tejado?

Con el corazón desbocado, limpió los nidos y las ramas de un árbol cercano y lo tiró todo abajo, donde le había dicho Pierre. Con suerte, esa misma noche podría subir al tejado, aunque no había mucha luz, esperaba que fuera suficiente.

Bajó de un salto y la rodilla se le dobló, dolorida. La pierna cada vez le molestaba más.

—Eres débil, pensé que con tu altura serías más hombre, Lorran.

Connor no contestó. ¿Para qué? Le estaba hartando, pero debía aguantar. Se asomó por la azotea y le pareció ver a alguien escondido tras los árboles, pero quizá era el sargento americano o alguno de sus hombres.

Sin más, bajaron a asearse y a cenar. Estaba muy hambriento y deseoso de acabar con todo esto.

CAPÍTULO 13. ESCAPAR

Tras tomar las gachas con el pan, y beber, esta vez, algo de café aguado, se aseó y se fue a dormir. Florence lo miró y luego miró a la jovencita que dormía junto a ella, preocupada. No sabía qué quería decirle, pero estaría atento.

No llevaba ni una hora durmiendo cuando escuchó los gritos ahogados. Florence miraba con terror al catre de al lado, y uno de los hombres de Pierre estaba gruñendo sobre la muchacha, tapándole la mano con la boca.

Se levantó furioso y descalzo y cogió al tipo de la ropa y lo tiró contra el suelo. La chica, aterrada, se tapó entera.

—¡Qué haces! ¡Lo vas a pagar! —dijo él levantándose. Todavía llevaba su miembro fuera del pantalón. Se lo metió y preparó sus puños. El tipo era algo más bajo que Connor, pero más fuerte y sin duda acostumbrado a las peleas callejeras.

Pierre no estaba, pero el otro tipo, el que siempre iba tras él, se levantó de su catre.

—Estabas forzando a esta joven. Eres un desgraciado.

—Como si fuera la primera vez. Le gusta.

Connor apretó los puños y la señaló.

—Si le gustara, no estaría llorando y muerta de miedo. Eres un delincuente.

Florence gritó y señaló detrás de él, pero Connor se movió rápido, a pesar de la pierna y golpeó en el estómago al segundo tipo. El primero se lanzó sobre él y lo tiró al suelo por la espalda, pero este se revolvió hasta colocarse de frente y le dio un buen rodillazo en sus partes. Se encogió aullando y Pierre entró en el sótano, junto a dos soldados.

—¿Qué pasa aquí? —gritó. Connor estaba en el suelo, respirando agitado y con sangre en la pierna. Se le había abierto la herida.

—Lo de siempre, Pierre —dijo Florence—. Cuando desapareces, tus hombres fuerzan a la pequeña. Deberías advertirles. El nuevo solo la defendió.

Pierre miró con rabia a los tres que estaban tirados en el suelo. Los soldados se marcharon, no parecía importarles lo más mínimo.

—¿Queréis que os maten? Si hubieran sido otros soldados, no habrían dudado en pegaros un tiro. —- Luego, se volvió hacia el violador—. Tú, ¿qué te dije? ¿Acaso quieres preñarla? Imbécil. Espero que no vuelvas a hacerlo o yo mismo le diré al coronel que te pegue un tiro. En cuanto a ti, Lorran, ven a hablar ahora mismo al pasillo conmigo.

—Está herido, Pierre.

Él le miró la pierna.

—Cúrale y luego que venga al pasillo.

Los dos matones se metieron en sus camas y Connor fue hacia el lavabo cojeando. Pareció indeciso, pero ella sonrió.

—Podría ser tu madre. Bájate el pantalón, o no podré ver qué herida tienes.

Se tapó con la camisa y se bajó el pantalón. Ella tomó desinfectante y lo miró seria.

—Esto parece un tiro. No voy a decir nada, pero si te lo ven los alemanes te van a interrogar. Hay que coser un punto que se ha soltado. Te dolerá.

—Hazlo, por favor.

Ella tomó el botiquín y desinfectó la aguja y aunque Connor apretó los puños, no dijo nada. Lo cosió en un momento y luego le colocó un apósito.

—Puedo lavarte luego el pantalón, si tienes otro.

—Sí, pero yo mismo lo lavaré, gracias.

—Deberías seguir hablando como antes o te vas a descubrir —susurró—. Salvar a la pequeña ha sido un acto muy noble de tu parte, pero ten cuidado con lo que le dices a Pierre, porque te venderá a los alemanes.

—Gracias, Florence.

Se subió los pantalones y salió al pasillo, de nuevo encorvado. Pierre estaba allí, fumando y mirando al techo.

—Sabes pelear.

—No… no, pero él atacó a la muchacha. Me enfureció porque a mi hermana… la forzaron.

—Ah, entiendo. Es una buena explicación que podré dar a los alemanes —suspiró y echó el humo hacia el techo—. Me importa una mierda a qué has venido, siempre y cuando no causes problemas a los demás. Especialmente a mí. Ellos confían en mí y no dudaré en delatarte si con eso siguen haciéndolo. Me importas poco, Charles, o como te llames. Y más vale que te vayas en silencio y sin hacerles lo que sea o te juro que acabaré contigo. Y ahora, vete. En cuanto a la muchacha, ya me encargaré de que no vuelvan a tocarla.

Connor asintió, con la cabeza baja. Estaba claro que no había sido cosa suya el ataque de ese degenerado y le parecía bien si los tenía bajo control. Se cambió el pantalón y se puso el otro que tenía. Luego, fue al lavabo a limpiarlo. La muchacha joven se acercó a él y le sonrió, quitándole el pantalón y lavándolo ella.

—Muchas gracias —susurró. Lo tendió y él se retiró a la cama. Estaba agotado y dolorido y solo quería salir de ahí de una vez.

El día siguiente fue similar. Esta vez no lo bajaron a la sala de armas, sino que lo llevaron al jardín. Se puso el jersey y estuvo quitando las malas hierbas. La pierna le estaba doliendo y empezaba a pensar que tenía una infección. Se acercó a la valla para seguir quitando las hierbas y una piedra le golpeó el hombro. Se levantó para ver quién había sido, pero solo pasaban personas normales por la calle. Cogió la piedra y vio un dibujo poco artístico de un reloj y dos palabras, «tic, tac». Entendió que le estaban metiendo prisa. Se irguió y asintió con la cabeza, sin saber si alguien lo vería. Luego, enterró la piedra en la tierra y siguió arrancando malas hierbas. El anciano que lo estaba guiando, hizo que dejara las herramientas en un cobertizo que había cerca de la valla y después se lavó un poco.

Era medio día, de nuevo y se retiraron a la habitación, sin comer, aunque su estómago protestaba. Hubo cierta conmoción fuera y se asomó en la ventana junto a Florence, que lo miraba de reojo.

—Creo que se han ido la mayoría. Ha debido ocurrir algo, quizá la resistencia.

Connor comprendió. Ella le estaba ayudando sutilmente, así que cogió una escoba y desapareció hacia la terraza. Era el momento de jugársela. Desapareció en silencio caminando lo más suave que podía a pesar de lo que le dolía la pierna. Era un escozor tremendo y estaba empezando a pensar que tenía una infección.

Subió a la azotea sin problemas y después al tejado. El sol caía de plano sobre él y comenzó a sudar. Había dejado la escoba abajo y se agachó para caminar a cuatro patas porque se iba resbalando todo el tiempo. Enseguida llegó a la ventana del despacho del coronel. Las manos le temblaban. No es que fuera un cobarde, pero estaba haciendo algo que podría suponerle la muerte instantánea y nadie se enteraría, al menos, no Alistair.

Se asomó y vio que no había nadie. Abrir el tragaluz no fue difícil, pero la altura era considerable y no solo sería complicado bajar, sino volver a subir. Se metió dentro y se descolgó como pudo hasta caer en el suelo. Le dio un fuerte calambre en la pierna, pero se irguió. Era el momento de buscar la información que le pedían.

Los planos de varios edificios que no eran de la ciudad estaban allí e hizo un par de fotografías. Suerte que tenía alguna noción de alemán. En una carpeta dentro del cajón había muchos otros papeles. Y le pareció importante porque ponía alto secreto. También hizo fotos a las pizarras, hasta que escuchó un ruido en el pasillo. Se metió la cámara en el pantalón y colocó una silla debajo de la ventana. Saltó y la silla cayó al suelo, pero consiguió agarrarse del tragaluz. Los dedos parecían resbalarse y el sudor le cubría el cuerpo, hasta que se alzó, cerró el tragaluz y saltó a la azotea. Sudado, nervioso y con la escoba en la mano, bajó por las escaleras. Escuchaba ya a un grupo de soldados subir por las otras y lo iban a pillar. Alguien sudado, nervioso, si se daban cuenta de la silla caída, estaba muerto.

Florence salió del dormitorio, lo empujó al suelo y se sentó a horcajadas encima de él, gimiendo. Cuando los soldados los encontraron, solo hubo risas y burlas, pero no parecieron sospechar.

Una vez se fueron, ella acarició su rostro.

—Creo que es mejor que te largues lo antes posible, hayas hecho lo que venías a hacer o no.

—Sí. Yo también lo creo.

—Hay una bodega, debajo de la sala de armas, no la conocen muchos, pero da justo al río. Deja tus cosas y márchate ya mismo.

—¿Y tú? ¿Por qué no te vas?

—No tengo una casa donde volver y, además, debo cuidar de los que están aquí. Baja hasta la puerta de madera y ábrela. No enciendas ninguna luz. Camina recto hasta el final y verás una reja con candado. La llave está a la derecha, bajo un ladrillo.

Se levantó y le dio un suave beso en los labios.

—Suerte, Charles, viva la resistencia —susurró.

Él le dio un abrazo y bajó las escaleras. La pierna volvía a sangrarle y sabía que no podría correr mucho.

Encontró todo lo que le dijo Florence y abrió con la llave el candado. Daba a unos antiguos desagües que olían mal y no le quedó otro remedio que meterse hasta la rodilla. Por fin, empezó a ver algo de luz y salió hasta el río. Se introdujo en él y bajó hasta el valle.

Una vez situado, reconoció el terreno y caminó hacia un bosquecillo. Debía descansar un momento e intentar saber dónde demonios estaba. Respiraba agitado y diría que tenía fiebre. Florence se había arriesgado mucho por él y le gustaría poder sacarla de allí, también a todos los demás, o a casi todos. Pierre y sus amigos le importaban poco. Escuchó algo de jaleo y empezó a trepar a un árbol. Siempre se le había dado bien. Su hermano se volvía loco porque no lo encontraba. Al final, recordaba que solía esconderse en las copas de los árboles. Este era grueso y consiguió llegar hasta la copa, donde se ocultó. Lo más lógico iba a ser escapar corriendo, puede que no se imaginasen que habría subido a un árbol. El pantalón seguía manchándose cada vez más de sangre y comenzó a marearse. Los ruidos se acercaban más. Intentó agarrarse lo mejor posible, dejarlos pasar. Solo que se empezaba a sentirse débil.

Escuchó a alguien debajo del árbol e intentó asomarse con mucho cuidado. Suspiró cuando vio a Williams mirando alrededor,

pero cuando lo iba a llamar, varios soldados alemanes lo rodearon y le dispararon sin mediar palabra. Tuvo que morderse el labio para no gritar.

Los alemanes se marcharon, quizá pensaron que habían acabado con el intruso. Se deslizó por el árbol. El soldado echaba sangre por la boca y todavía respiraba cuando él se puso a su lado. Lo miró agradecido.

—Al menos… no muero solo… Dile al sargento…

Dio su último suspiro y Connor se quedó casi temblando. Al soldado no le había dado tiempo de sacar su pistola y, aunque no pensaba usarla, la tomó. Tuvo que dejarlo allí, solo y salió corriendo hacia el interior del bosque. Solo pensaba en alejarse lo máximo posible de la muerte. Porque él había tenido una infancia complicada, pero esto era demasiado real, nada que ver con las películas o las series.

Llegó a una colina y subió deprisa. Desde ahí se veía la granja donde le habían curado. Se había fijado que tenía el tejado rojo. Ya anochecía cuando había cubierto casi todo el camino. Se sentó bajo un árbol. No tenía ni siquiera un triste cinturón para cortar la hemorragia. Tal vez iba a morir allí.

Pensó en Margaret y también en sus hermanos, en sus padres. Esto le dio fuerzas para levantarse y acercarse despacio hasta la granja. Cuando casi iba a abrir la valla, notó el frío tacto del cañón de una pistola en su nuca.

CAPÍTULO 14. PREPARADOS

—Levanta las manos —dijo una voz muy seria. Alguien le cacheó y sacó la pistola de Williams que llevaba en la cintura—. ¿De dónde has sacado esto?

—Grant, es McLeod —dijo el sargento Calver—. ¿Dónde está Williams? ¿Qué ha pasado?

La pistola dejó de apuntarle y él lo miró con tristeza. Comprendió.

—Vamos dentro o morirás desangrado.

Los acompañó hasta el interior de la granja donde había otros dos soldados además del que le había apuntado con el arma.

—Lo acribillaron los alemanes. Lo vi desde la copa de un árbol.

—¿Y no hiciste nada? —gruñó uno de ellos.

—No llevo armas, ni siquiera sé luchar. ¿Qué iba a hacer? Al menos estuve con él hasta que… murió.

—Eso te honra. ¿La cámara?

Se metió la mano por el pantalón y sacó la cámara. Se dio cuenta de que tenía las manos manchadas de sangre, seguramente del amable soldado.

—Grant, llévalo a Arromanches-les-Bains y que le curen ahí. Cuanto antes desaparezcas de la zona, mejor. En unos días te contactaré.

—Espero que os sirvan.

—Y yo también. Hemos pagado un precio muy caro. Ponle algo en la pierna o no llegará vivo.

El tipo tomó un cinturón y se lo ató en el muslo, haciendo que los calambres subieran hasta la espalda. Estaba muy mareado y el sargento le dio un vaso de agua. Luego se lo llevaron a un coche destartalado y el tipo lo condujo hasta la casa donde se alojaba

Conrad. Fleur estaba en el corral y lo vio venir. El soldado lo dejó en la puerta y se fue sin más. Connor cayó al suelo a plomo.

Se despertó en un lugar fresco con alguien que ponía un paño de agua fría sobre la frente.

—Empieza a ser repetitivo esto de que resultes herido, Connor —dijo Margaret y acarició su barba crecida.

—¿Cómo está? —preguntó Conrad entrando por la puerta. Llevaba un golpe en el pómulo y el ojo morado.

—Tiene fiebre y la herida se le ha infectado. Pascal ha ido a buscar penicilina al pueblo de al lado. No le baja la fiebre.

—Te estoy… escuchando.

—Ya lo sé, y si no estuvieras tan mal te daría un buen puñetazo. ¿A quién se le ocurre?

—Fue… inevitable.

—¿Inevitable que casi mueras? ¿O que te infiltres en algo de lo que no tenías ni idea? Tu primo fue a ver al sargento y se peleó con él, y eso que nunca ha sido violento. Al menos le dijo que lo que habías encontrado está siendo muy importante.

—Aunque parezca que acabé mal, él también se llevó una buena —dijo Conrad sentándose junto a él.

—Si no encontramos antibiótico tal vez… haya que…

—No —dijo Conrad—. Estará bien. Y sino, lo llevaré a casa.

—¿Cómo es eso? —preguntó Margaret, pero Conrad solo se limitó a limpiar su herida.

Cerró los ojos, débil y, cuando los volvió a abrir ya era de noche. La pierna le dolía, pero necesitaba ir al baño.

Puso los pies en el suelo y le agradó su frescor. Llevaba solo un pantalón corto y se apoyó en la pared para acercarse al baño. Debía de estar en la cama de Margaret. Entró en el baño y también se lavó la cara. Escuchaba unas voces en el salón y como tenía sed, se acercó allí, todavía mareado. Varias personas se volvieron hacia él. Margaret se levantó deprisa y acudió para llevárselo, pero él no quiso.

—¿Qué está pasando? ¿Ted?

El americano se levantó y fue a saludarlo.

—Estás vivo. Has aguantado, bien por ti.

—¿Qué sucede?

—Los alemanes están muy cabreados y nos andan buscando. Vamos a escondernos lejos de aquí. Pero tú también corres peligro, al igual que tu primo. Por suerte, creo que Margaret podrá esconderte hasta que te recuperes. Pero él se irá. Va a…

Miró a Conrad y este negó.

—¿Qué? —preguntó Connor.

—Va a dar una pista falsa, como os parecéis tanto… así no te perseguirán a ti —dijo Ted encogiéndose de hombros—. Merece saberlo.

—Te pillarán.

—No y lo sabes. Me iré en menos de una hora hacia Escocia, supongo que no nos veremos… en mucho tiempo. Pero quise quedarme hasta saber que te recuperarías.

Connor abrazó a su tío y este le dio unas palmadas en la espalda.

—Antes de que te vayas… ¿podrías llevarte una carta? Te diré dónde esconderla.

—Claro, lo que sea necesario.

Margaret le dio un papel y un lápiz. Connor se sentó en la mesa y la miró. Ella le sonrió.

—¿A qué día estamos hoy?

—Llevas más de una semana inconsciente. Hoy es cinco de junio.

—De acuerdo.

Las manos le temblaban, pensando en su familia. Comenzó a escribir.

5 de junio de 1944

Querida familia,

Ante todo, he de comentaros que me encuentro en perfecto estado de salud y que, a pesar de que estoy muy sorprendido por lo que ha pasado, todo está bien.

No sé si podré volver, cómo conseguir acceder al mismo paso que me trajo aquí, pero sé que lo haré. No puedo dejar de conocer a mi futuro sobrino o sobrina.

Sé que lo que os pasó con Rory e Isobel fue especial y me pregunto si en nuestra familia hay algún tipo de gen extraño que nos permite realizar estos viajes increíbles.

Os reitero mi amor por vosotros. Encargué a un buen amigo que dejase la carta en el lugar que sabía que la ibais a encontrar y si la estáis leyendo, es que ha cumplido su palabra.

Creo… no, espero poder volver a veros. Y si no fuera así, os aseguro que he encontrado la felicidad. Tal vez pueda haceros llegar alguna otra carta.

Con todo mi amor para ti, hermano, para Elisa, Vanessa, Rebeca y los demás.

Connor McLeod

Conrad asintió y dobló con cuidado la carta. Margaret se había retirado para darle privacidad. Lo cierto es que ella también era especial, pero si todo seguía como la historia decía, esa misma noche empezarían los paracaidistas a descender detrás de las líneas enemigas, para sabotear las comunicaciones alemanas, aunque imaginó que todo lo que había hecho la resistencia e incluso lo que él había conseguido, serviría para algo.

El día 6 se conmemoraba el Día D. Quiso recordar que desembarcaban en cinco playas.

Margaret le trajo una bata y se sentó con los demás hombres a cenar. Sin duda la tensión se palpaba en el ambiente. No había pensado quedarse tanto y a la vez, mirando su perfil mientras comía ligero, su corazón se resistía a marcharse.

Muchos soldados murieron. Puede que los que estaban sentados alrededor de esa mesa lo hicieran. Los miró, uno por uno, queriendo recordar sus rostros. Ella se volvió y le tomó de la mano, acariciando su dorso. Tal vez ella muriera en el ataque. El corazón se le encogió solo de pensarlo. No recordaba mucho qué había pasado en la zona. Ojalá tuviera su móvil con internet, claro que de poco le serviría en ese momento.

Ted se volvió hacia ellos cuando se marchaba.

—Es mejor que os quedéis escondidos al menos hasta mañana. Nosotros nos vamos a preparar todo.

—Saldrá bien, sargento, ya lo verás —dijo Connor sin poder evitarlo.

—Claro que sí. Suerte para vosotros también y gracias, McLeod, conseguiste un buen premio.

Se marchó y también lo hizo Pascal. Esa vez, se escondería con su familia. Fleur y sus hermanitas lo acompañaron, pero Conrad se quedó.

—Quizá no sería necesario que te fueras —susurró Connor en voz baja, para que Margaret, que estaba fregando los platos, no lo escuchara—. Lo más fuerte empieza mañana.

—Son órdenes. Me alegro de que hayas descubierto quién soy en realidad —dijo con cierto orgullo—, y no solo el viejo tío soltero que todos pensaban que era. Dejaré tu mensaje donde me has comentado y ya estoy deseando conocerte cuando nazcas.

—Gracias por todo, Conrad, de verdad.

—Para eso está la familia. Pero tú, ¿qué vas a hacer? —Connor se encogió de hombros—. Si decides quedarte, sabes que tienes casa en Dunmore. Haremos lo posible porque te acoja mi padre. Incluso puedes pasar por ser un hijo bastardo, te pareces mucho a la familia.

Ambos rieron, pero Connor negó.

—Todavía no lo he decidido. Margaret me gusta mucho. Y…

—¿Por qué no te la llevas? Quizá pueda pasar… al otro lado.

—Ella no querrá y, además, no tengo la seguridad de que eso ocurra. Posiblemente tenga que ver con algo familiar, ¿sabes? Como un don o algo.

—Ya veo. No quiero influirte , pero cuentas conmigo para lo que sea.

—Lo sé, Conrad. Ha sido un alivio haberte encontrado. No habría sobrevivido sin ti.

Margaret se sentó enfrente de ellos con el rostro serio. Dejó la bandeja de café delante y los miró, enfadada.

—Os vais a ir, ¿verdad? Los dos. Tú vuelves a tu castillo y tú… donde sea.

—Sigo órdenes —dijo Conrad encogiéndose de hombros. Ella se volvió hacia Connor, pero él no contestó, solo se la quedó mirando

fijamente.

—Voy a dormir un rato —dijo su tío. Les dio un abrazo a ambos y se marchó.

—Margaret, no sé cómo explicarte. Es algo muy complicado.

—¿Tienes esposa donde vives? ¿hijos?

—¡No! No tengo nada. Solo a mis hermanos y mi responsabilidad con ellos.

—Supongo que eso te honra —dijo ella apartando la vista. Él se levantó y se sentó junto a ella, tomándole de la mano. No podía arriesgarse a que ella intentara cruzar al otro lado, quién sabe dónde acabaría o si simplemente moriría ahogada.

—Tengo que pensar, Margaret.

Ella retiró la mano y negó.

—No, Connor, cuando se trata de amor, uno no piensa, siente.

Se levantó y salió al corral. Él lavó las tazas y volvió a la cama. Esa noche se jugó el destino de todo el mundo y él no era capaz de tomar una decisión. Se había enamorado de Margaret, pero su familia quedaría devastada. Solo se imaginaba el rostro de Alistair cuando viera la carta. Esperaba que la encontrase, le había comentado algo unos días antes de marcharse, aunque no recordaba bien el tema. Supuso que acabaría leyéndola. Y Eli… ¿cómo estaría? Él también quería ser un buen tío para su futuro sobrino George. No sabía cuándo volvería, pero ¿y si había nacido ya?

Se revolvió en la cama. Empezaba a encontrarse algo mejor y la herida parecía cicatrizar bien. La puerta se abrió y entró Margaret con su camisón. Se sorprendió, pero le dejo sitio en la cama.

—Lo siento, Connor. No soy de las que ponen a un hombre contra las cuerdas. Respetaré tu decisión y, si alguna vez decides volver, estaré aquí esperándote.

Él suspiró. Margaret se lo quedó mirando pensativa, apoyada en la cama de lado. Connor acarició su rostro y ella lo acercó para besarlo. Sus besos, tímidos al principio, se convirtieron en una arrolladora pasión. Connor se fue a girar, pero ella lo empujó suavemente contra el colchón. Se quitó el camisón, dejando ver sus delicados pechos y se colocó sobre él.

—Estás convaleciente y te quedarás abajo si es que… quieres…

—Claro que sí, pero…

—Entonces solo bésame y hazme el amor por esta noche. Y mañana, Dios dirá.

Le pareció sentir que el rostro de Margaret estaba húmedo, tal vez había llorado. Ella sacó su miembro erecto y se introdujo sin esperar. Comenzó a moverse, de forma ondulada mientras él le sujetaba por las caderas. Nunca podría olvidar ese momento en el que pudo tenerla. Se agachó para besarlo, mientras él acariciaba todo su cuerpo. Ella aumentó el ritmo y supo que estaba cerca, como él. Su placer los alcanzó, sudados y casi a la vez, haciendo que el mundo, la guerra, los problemas y las dudas desaparecieran.

Ella se dejó caer sobre el pecho de Connor, respirando trabajosamente. Él la abrazó como si pudieran estar juntos para siempre.

CAPÍTULO 15. DÍA D

Se despertaron sobresaltados sobre las cuatro de la mañana. Ambos estaban desnudos y abrazados. Conrad entró corriendo.

—¡Va a empezar el desembarco! Más valdría que nos preparemos. No sé cómo nos afectará a nosotros. He ido a echar un vistazo y los alemanes están como locos. Incluso dispararon a gente que iba por la calle.

—Sí, nos vestimos ya.

Margaret salió corriendo desnuda, tomó su ropa y corrió a vestirse. Connor se levantó, apretó bien la venda, y se puso la ropa de trabajo que había llevado estos días.

Se escuchaba el rugir de los aviones en el cielo que se fue incrementando hasta hacerse insoportable, como si cientos de ellos, tal vez miles, surcaran la zona.

—Deberíamos quedarnos aquí, no sabemos… —empezó a decir Connor. Pero ellos habían sacado de debajo del banco de la cocina varias pistolas.

—Quédate tú aquí, si quieres —dijo Margaret recogiendo el cabello en una coleta—. Y si decides irte, buen viaje.

—Mantente a salvo, Connor —dijo su tío abrazándole. Parece que ya no era necesario que se marchara. Se sintió cobarde por quedarse allí, así que tomó otra pistola y balas y salió tras ellos.

Todavía cojeaba, pero podía caminar. Llegaron hasta los acantilados, era como si el mar hubiera tomado vida por encima de la superficie, porque cientos de barcos ensombrecían el horizonte. Conrad saltó de alegría y abrazó a Margaret y luego a él.

Había patrullas de alemanes cercanas, así que se escondieron tras unas rocas, observando lo que ocurría. No sabían si ocuparían su playa, que era grande y accesible.

—Yo construiría aquí un muelle —dijo Conrad—, hay buen fondo para que entren los barcos.

Connor asintió. Cada vez admiraba más a su tío. Justo en esa playa, los aliados habían construido el muelle de Mulberry, por donde desembarcaron hasta dos millones y medio de soldados, además de toneladas de materiales después del desembarco.

Se acercaron, escondiéndose, hacia la playa de Gold Beach. Allí había baterías preparadas, porque los barcos cubrían el horizonte y enormes lanchas llenas de soldados se acercaban a la playa.

—Deberíamos acabar con esos de allí —dijo Conrad señalando un búnker alemán—, o los van a acribillar.

—Vamos, recojamos las granadas de mano —dijo Margaret.

Los tres caminaron agachados hasta un depósito de cereal en el centro de la ciudad. Mientras, los habitantes corrían asustados y ellos les instaron a que se refugiaran en sótanos. Pascal se acercó a ellos y entre todos recogieron las granadas que habían ido consiguiendo.

Ya no había soldados alemanes en el pueblo. Se habían distribuido por los acantilados.

—La resistencia viene hacia las diferentes playas, los atraparemos en fuego cruzado —dijo Pascal. Connor admiró la determinación del hombre. Gracias a personas como ellos, habían conseguido la victoria. Ojalá pudiera decirles que su sacrificio personal había valido la pena.

Llegaron sudando a la zona del búnker, que estaba muy vigilada.

—Creo que, si vamos por el acantilado, podremos tirar una granada lo más cerca posible —dijo Margaret.

—Yo iré por delante, tienen un polvorín cerca del búnker —dijo Pascal.

—Yo subiré por el acantilado —se adelantó Connor antes de que Margaret pudiera decirlo. Ella asintió.

—Pascal, te acompaño. Sé por dónde acceder.

—Entonces iré con mi primo. Por favor, tened cuidado.

Ella sonrió y el corazón de Connor se paralizó por un momento. Le dio un beso rápido y desaparecieron entre las sombras.

—¿Qué te pasa? Si tienes miedo… —empezó Conrad. Él negó.

—No. Solo ha sido un… presentimiento.

—Tranquilo. Yo la cuidaré si... pasa lo que sea.

Connor asintió y bajaron por el lado del acantilado. Los soldados aliados se acercaban a la playa y las baterías alemanas estaban ya preparadas para atacar en cuanto lo hicieran. Él supo que había sido un baño de sangre, aunque eso no significaba que no pudiera hacer algo para que no murieran tantos.

El acantilado estaba resbaloso y su pierna herida no ayudaba mucho para continuar hacia el búnker. Pero se armó de valor y pensó que quizá valía la pena si moría por ayudar.

Vivir en esos años no estaba resultando tan mal. Su corazón dio un fuerte latido cuando decidió que se quedaría con Margaret y que tal vez pudiera dejarles algunos mensajes a su familia para decirles que era feliz. Puede que conocieran incluso a su descendencia. Con una leve sonrisa por la decisión tomada, llegaron justo debajo del búnker. Desde allí, si ajustaban bien el tiro, podrían hacer que el acantilado se derrumbara, llevándose la construcción alemana con él.

Conrad le señaló los puntos débiles. Una vez lanzaran las granadas, tenían unos segundos para salir corriendo. Se prepararon cuando ya amartillaban el cañón para lanzar sobre los soldados que estaban a unos metros de la orilla.

Al grito de ya, lanzaron las granadas y se fueron corriendo hacia el otro lado. El acantilado explotó y los cañones empezaron a caer hacia abajo. Se escuchó una gran explosión más arriba y supieron que sus compañeros lo habían conseguido. Corrieron agarrados a la pared rocosa, con varios resbalones, mientras el búnker resultaba inutilizado. Consiguieron llegar a la parte superior y se pusieron a cubierto, puesto que los alemanes estaban furiosos y disparaban a cualquiera.

Connor miró preocupado hacia el búnker, que ya estaba inutilizado, buscando a Pascal y a Margaret.

—Tenemos que irnos, nos reuniremos en la casa. Vamos, hombre.

—Voy a buscarla.

Pero los tiros que les disparaban les hicieron salir corriendo. Conrad lo arrastró para mantenerlo a salvo.

Llegaron a la casa, sudados y preocupados. Desde la ventana pudieron ver que algunos soldados alemanes huían, pero otros se preparaban para recibir a los soldados aliados.

Pascal llegó en ese momento, cubierto de sangre y suciedad. Connor lo tomó de la camisa.

—¡Dónde está Margaret!

—Lo siento… nos atraparon… ella igualmente lanzó las granadas y todo explotó. Se derrumbó sobre ella.

—¡No! ¡No! —dijo él gritando. Intentó salir de casa, pero Conrad lo placó y lo tiró al suelo. Los alemanes seguían disparando a la población.

—¡Escucha! Ella se ha ido. Tú tienes que volver. ¿Me oyes? Es el momento. No sabemos qué ocurrirá. Escribiré un diario, te lo dejaré todo apuntado, pero vuelve a casa.

—No puedo, no… quiero saber… —dijo mirando a Pascal. Pero él lloraba amargamente.

Así que era verdad. Ella había muerto. Ya no tenía sentido. Ojalá pudiera haberle dicho que se iba a quedar allí.

—Te acompañaré a la cueva —dijo Conrad—. Es más seguro. Ahora mismo los alemanes están como locos. No quiero que te quedes aquí y resultes herido.

Él tenía la vista fija en la ventana, sin ver nada. Columnas de humo se elevaban por el cielo a lo largo de toda la costa. Asintió, ya le daba todo igual. ¿Por qué había sido tan estúpido? Debería haberla tomado y huir por la cueva. Quizá ella habría pasado… y ahora era demasiado tarde.

Conrad se armó y Pascal se fue con su familia. Salieron a las calles, con la confusión, empezaron a correr hacia la playa, pero se encontraron con una patrulla alemana. Conrad disparó, pero ellos también. Connor cayó al suelo con una herida en el vientre.

—¡No! —gritó su tío y acabó con la patrulla. Llevó a Connor tomado de la cintura hacia la cueva—. En tu tiempo te curarán mejor, ¿verdad? Dime que sí.

—Sí, eso sí. No tengo ganas de…

—¡No digas eso, Connor! Piensa en tus hermanos y vive. En esta guerra murieron demasiadas personas, eso fue inevitable. Tienes que sobrevivir, eres demasiado importante para mí.

Él asintió mientras se apretaba la herida. Total, acabaría muriendo en la cueva, tal vez ahogado.

Conrad lo acompañó hasta la bifurcación.

—¿Por dónde?

—Era el túnel derecho, pero no lo recuerdo bien.

—Te veré cuando nazcas. Cuídate y sé feliz. Eres joven y tienes que seguir viviendo.

Connor se adelantó con un último abrazo y caminó, tembloroso, mientras los cañonazos se escuchaban ya como un lejano temblor. El agua comenzaba a llenar la cueva, la marea subía así que tenía que darse prisa. Se alejó de su tío con pena. La oscuridad lo envolvió y cayó de rodillas. El agua ya le llegaba al tobillo. Vio una pequeña luz en la oscuridad y se acercó a ella.

¿Su móvil?

Lo tomó en la mano y cayó sentado, apoyado en la pared. El agua empezó a cubrir su cuerpo. Pudo ver las llamadas de su hermano y sonrió. Sabía que se iba a preocupar. Intentó marcar su número, pero entonces se desmayó. Puede que hubiera vuelto, pero no tenía claro que iba a salir vivo de la cueva.

CAPÍTULO 16. REGRESO AL FUTURO

Suspiró cuando abrió los ojos y vio oscuridad. ¿Había muerto? ¿Estaba vivo? ¿Y dónde? ¿O cuándo?

Una dulce mano acarició su rostro y la llamó. Pero estaba muerta. Volvió a abrazar la oscuridad, donde el dolor era menor.

El suave olor de una colonia le llegó. Conocía ese olor. Era…

—¿Alistair?

Una mano fuerte le cogió la suya.

—Dios santo, has despertado por fin —dijo su hermano. Miró su rostro preocupado con la luz del atardecer. Eli apretó su otra mano. Se volvió.

—Hermanita.

—¡Ya era hora, Connor! —dijo ella lanzándose para abrazarle. Le dolió el cuerpo entero, pero la abrazó. Luego su hermano le dio un abrazo más suave y retiró a su hermanita pequeña.

—¿Cómo estás? —dijo Alistair mirándolo serio.

—Supongo que bien —dijo mirando por la ventana. La había perdido y eso le dolía más que todo su cuerpo—. ¿Qué día es hoy?

—12 de diciembre. Has estado fuera casi un mes. En serio… estuviste…

—Sí. ¿Encontrasteis la carta?

—Sí. Me hubiera vuelto loco si Eli no hubiera asegurado que estabas bien. No sabía qué hacer. Quería venir y pasar por el lugar por donde desapareciste, pero Vanessa está a punto de dar a luz y de alguna manera, pensé que volverías. Y aquí estás.

—¿Todavía estamos en Normandía?

—Sí. Un geólogo te encontró, herido y gracias al móvil pudieron llamarme. Volamos de inmediato, Eli quería venir a toda costa y además de quitarte la bala del estómago, curaron la herida del muslo. Fue difícil convencer a la policía francesa de que no eras un delincuente, pero a nuestra hermanita se le ocurrió decir que te habían secuestrado. No sé qué películas habrá visto, pero ellos lo aceptaron.

—Y llevas cuatro días inconsciente, llamando a Margaret. ¿Quién es? —dijo Eli.

—Ella murió el Día D. Me hirieron y decidí volver. El tío Conrad me ayudó.

—¿El tío Conrad? Ah, por eso está aquí —dijo Eli tan tranquila—. Me dice que busques su diario, que te gustará saber algunas cosas. Está sonriendo. ¿Sabes? Se parece mucho a ti.

—Lo sé —suspiró él mirando al vacío, donde se había vuelto Eli —. Gracias por todo, tío Conrad.

Una suave corriente movió su cabello y Eli saludó con la mano a alguien.

—Se ha ido. Dice que igual va a vernos en otro momento a Dunmore.

Alistair asintió. Su hermano parecía convencido de todo lo que la pequeña decía.

—En cuanto estés bien, nos volveremos a casa. Vanessa está a punto de dar a luz.

—Podéis volver, si queréis, yo esperaré aquí hasta recuperarme.

—De eso nada. Tú te vienes con nosotros. La operación fue bien y aclaré todo con la policía. Tal vez mañana puedas viajar, si estás bien.

Él asintió y volvió a recostarse.

—Duerme, iremos a comer algo y volvemos enseguida.

—Tranquilos, estoy bien.

Se fueron y él se quedó mirando por la ventana desde la cama. Tal vez el destino de Margaret siempre fue morir en el desembarco. Y que él hubiera viajado en el tiempo no debía alterar eso. Eso tampoco le consolaba. Había perdido al amor de su vida y posiblemente no volvería a sentir eso por nadie. Quizá iba a acabar

como su tío Conrad, solo, cuidando a sus sobrinos, haciéndose cargo del castillo o de los caballos. Vivir en Dunmore con sus hermanos empezaba a parecer menos duro, a pesar de la pérdida.

Al día siguiente y bajo su petición, el médico le dio el alta. Alistair y Eli le ayudaron a vestirse con ropa actual que su hermano había comprado. Sin embargo, e incluso aunque estaba manchada de sangre, insistió en llevarse la ropa que había llevado puesta.

—Me gustaría ver… visitar los lugares donde estuve —pidió Connor a su hermano.

—Claro, nuestro avión sale dentro de seis horas. Alquilaré un coche para hoy y damos una vuelta.

—Gracias. Necesito… despedirme.

Antes de irse, Alistair hizo que desayunase algo sólido y luego se sentó en el asiento del copiloto, sin hablar. Las emociones le recorrían el cuerpo. Sus hermanos respetaron su silencio. Recorrieron la ciudad de Arromanches, mirando todo. En realidad, fuera de lo obvio, no había cambiado tanto. El búnker donde murió Margaret estaba rodeado de un césped y había una placa. Alistair paró un momento y él salió para leerla. Era un memorial a los valientes que habían contribuido a la caída de este lugar. Se sintió parte de la historia, pero también imaginó donde había muerto ella, solo que no había nada más que un banco desde donde se veía la bahía y el muelle de Mulberry en ruinas. Se sentó en el banco. Sus hermanos lo esperaban apoyados en el lateral del coche, dándole espacio, algo que agradeció.

—Adiós, Margaret. Siento no haberte dicho mil veces lo mucho que te amaba y que me iba a quedar contigo, que te elegía a ti. Jamás te olvidaré. Te amaré para siempre.

Suspiró y se levantó, despacio. Pasaron por la puerta de la que fue su casa, que estaba muy cambiada. No quiso parar, no tenía sentido. Ella se había ido y él solo quería volver al castillo, echarse en su cama y quedarse un tiempo allí, sin moverse o viajar. Necesitaba asumir todo.

Tomaron el avión de vuelta a casa y, aunque el viaje se le hizo penoso por el cansancio y el dolor, por fin pudo abrazar a Vanessa, que lloraba copiosamente, a la señora Harris y a todos los demás.

Alistair le ayudó a desvestirse y se acostó en la cama. En su cómoda y mullida cama. Hubiera sobrellevado cualquier incomodidad de esos años y los venideros, solo por estar con ella. Sin Margaret, no tenía sentido.

Eli le trajo un vaso de leche y una pastilla para el dolor. Se sentó junto a él y esperó a que se la tomara.

—¿Tú cómo estás, peque?

—Muy bien, porque has vuelto a casa. ¿Te ibas a quedar por ella?

—Lo estaba pensando. Me había enamorado, ¿sabes? Se llamaba Margaret. —Se quedó pensativo— ¿Tú podrías hablar con ella? ¿Ver si está por aquí?

Eli sonrió y se quedó mirando alrededor de la habitación y luego negó con la cabeza.

—No. No hay ninguna Margaret, pero si llega, yo te aviso. Dice mamá que deberías dormir. Estaban muy preocupados porque te vieron herido, solo que luego volvieron a decirme que estabas bien.

—Gracias… a todos.

Sus ojos se cerraban y se acomodó en su cama. Debería aprender a vivir de nuevo, sin ella y con su nuevo yo. Alistair lo había dejado caer en el viaje, le dijo que había cambiado. Supuso que una guerra te hacía eso, transformaba tu vida para siempre.

Los siguientes días fueron lentos. La nieve cubría el castillo y sus alrededores. Él solo visitó y atendió a los caballos, pero ninguno de sus hermanos ni Vanessa le dejó hacer nada. Además, la familia de su cuñada ya se alojaba en Dunmore para esperar la llegada de George.

Ella estaba cada vez más pesada y su hermano más nervioso. Una vez que se encontró bien, comenzó a ayudarlo en las tareas diarias, para que pudiera pasar más tiempo con Vanessa.

Eli cantaba cada día, feliz de la vida por tener a su familia. Ese día, ya diecinueve de diciembre, se dispuso a revisar algunas facturas por su hermano. No había entrado en la biblioteca desde que llegó, y encendió la chimenea. Fuera, la temperatura había bajado a dos grados bajo cero y aunque en ese momento no nevaba, la noche anterior se había cubierto todo el patio.

Su hermanita se sentó delante de la chimenea con un libro en el regazo de aventuras y dragones. Sonrió al verla tan entretenida. Encendió el portátil de su hermano y comenzó a pasar algunos de los pagos a la contabilidad. Lo cierto es que poco a poco estaban equilibrando los gastos, aunque no todos los meses obtenían beneficios. Al menos, no era tan ruinoso como antes.

Abrió internet para buscar una referencia de un producto y se le abrió la ventana donde quizá su hermano había buscado información sobre el desembarco de Normandía. O eso quiso pensar.

Sin poder evitarlo, algo que había hecho hasta ese momento, navegó por la información, por las fotografías. Por lo visto, los alemanes y los aliados respetaron el pueblo de Arromanches y abrió la información de Wikipedia.

Tras la liberación, los aliados comenzaron la construcción del puerto Mulberry B frente a las costas de Arromanches. Este puerto artificial permitió el desembarco de aproximadamente 9.000 toneladas de material por día, facilitando operaciones cruciales como la Batalla de Caen. El puerto estuvo operativo durante unos cien días, durante los cuales se desembarcaron alrededor de 2,5 millones de hombres, 500.000 vehículos y 4 millones de toneladas de suministros.

Hoy en día, Arromanches-les-Bains es un destino turístico que conserva vestigios de su pasado histórico. Los restos de los cañones "Phoenix" del puerto artificial aún son visibles en la playa, y el Musée du Débarquement ofrece a los visitantes una visión detallada de los eventos que tuvieron lugar en la región durante la Segunda Guerra Mundial

Él podía decir mucho más sobre ello. Siguió viendo un rato las fotografías del Día D, con los soldados desembarcando, otros alemanes capturados e incluso… acercó una fotografía y vio a su tío abuelo que sonreía a la cámara. Llevaba un gastado uniforme, y un arma. Leyó el pie de foto: El primer grupo de prisioneros alemanes llega a Reino Unido, el 8 de junio del 44 tras ser arrestados tras el desembarco.

Bien, había llegado a su casa, se había merecido un descanso, aunque tal vez siguió combatiendo. Nadie sabía eso. ¿No le había

dicho que iba a escribir un diario? O tal vez lo había soñado.

Un ruido en la estantería más alta de la librería hizo girar su mirada. Eli se levantó de su lado y señaló un libro algo más fuera del estante. Ahí guardaban viejas enciclopedias que nadie leía.

—Creo que es ese el libro que necesitas, Connor.

Él se levantó y acercó la escalera y subió con cierta dificultad. La pierna no se le había curado del todo. Había tenido una grave infección. Tal vez en aquel tiempo habrían acabado amputándosela, pero ahora se la habían salvado.

Acercó su mano y cogió el tomo. Era un cuaderno de piel y no un libro. Puede que fuera el diario de Conrad.

Bajó las escaleras y se sentó al lado del fuego junto a Eli. Abrió casi tembloroso la cubierta y enseguida lo vio: Diario de Conrad McLeod.

—¿El tío abuelo?

—Sí, el mismo que conocí. Es cierto que me dijo que escribiría algo, pero… no lo había recordado hasta ahora.

—¿Cómo era? ¿Era simpático?

—Mucho. Noble, buena persona y fue un gran espía. Ayudó a los aliados a ganar la guerra, como muchas otras personas.

—Como tú —dijo Eli.

Connor se encogió de hombros y pasó la primera página.

9 de junio de 1944

He vuelto a casa tras escoltar a los prisioneros alemanes. Padre quería verme y asegurarse de que estaba bien. Y sí, sé que me quiere, aunque no me acepta del todo. Tras pasar un día allí, descansando y recuperándome de las pérdidas sufridas, mi superior solicitó mis servicios. Mi primera misión es infiltrarme en Caen. No va a ser fácil ni divertido, pero entre todos, acabaremos con la guerra. Seguiré escribiendo si vuelvo vivo. Si no, y eres Connor, me alegré mucho de conocerte y rezo cada día para que hayas vuelto a tu lugar de origen y que estés bien.

10 de junio de 1944 - Caen

La guerra ha cambiado. Dos días después del desembarco, la costa arde con el rugido de la artillería aliada. Los alemanes retroceden, pero no ceden. Me he infiltrado en Caen bajo el nombre de Jean Fournier. La ciudad es un hervidero de actividad enemiga: barricadas, nidos de ametralladoras, controles en cada esquina. He contactado con Pascal y el resto de la célula. Nuestra tarea es clara: minar las defensas desde dentro. La resistencia debe preparar el levantamiento antes de que los británicos lleguen. Nos reuniremos en la bodega de la Rue Saint-Jean. Si todo sale bien, Caen no será un Stalingrado francés.

14 de junio de 1944 - Carretera entre Bayeux y Saint-Lô

El convoy iba más rápido de lo esperado. Informes de inteligencia indicaban que transportaban órdenes de un contraataque en Normandía. No podíamos permitirlo. Colocamos los explosivos en el puente y esperamos. A las 16:45, el rugido de los motores anunció su llegada. La explosión fue precisa. Tres camiones volaron por los aires. Logramos recuperar documentos antes de que llegaran refuerzos. Uno de los oficiales huyó en moto. Lo perseguí por los campos, sentí su miedo antes de alcanzarlo. No podía permitirme fallar. Lo detuve con un solo disparo. La guerra no permite misericordia.

20 de junio de 1944 - Rouen

El Dr. Lefèvre trabaja para los nazis, pero no por voluntad propia. Su conocimiento es demasiado valioso para dejarlo en sus manos. La Gestapo lo tiene en un complejo al sur de Rouen. Me infiltré disfrazado de oficial alemán. Lefèvre no quería irse sin su familia. No teníamos tiempo. Cargamos explosivos en el generador para crear una distracción. A las 02:30, los guardias corrieron al ala norte. Aprovechamos el caos. Nos deslizamos entre las sombras, el doctor temblando a mi lado. Apenas logramos escapar. Su esposa e hijos no tuvieron la misma suerte. La guerra nos obliga a elegir.

28 de junio de 1944 - París

La Gestapo sabe demasiado. Tienen una lista de nombres, direcciones, contactos. La Resistencia está comprometida. Debemos

borrar nuestra huella antes de que sea demasiado tarde. La sede en Montmartre es un laberinto de archivos y ojos atentos. Me hice pasar por un contable. Encontré los expedientes en el tercer piso, en una caja fuerte de acero negro. Una llamada interrumpió mi trabajo. Un soplón había revelado nuestra infiltración. No hubo tiempo para refinamientos. Arrojé una lámpara de aceite sobre los documentos y el fuego hizo el resto. La Gestapo entró con gritos. Apenas escapé. Pero la lista ya era cenizas.

La siguiente anotación hizo que Connor tuviera un escalofrío.

5 de julio de 1944 - Arromanches-les-Bains

Volver a este pueblo después del infierno del Día D es como caminar entre fantasmas. Las calles llevan aún las cicatrices de la batalla. Los alemanes se han ido, pero la guerra no ha terminado. Me dijeron que Margaret había muerto. Lo creí. Hasta que la vi con mis propios ojos.

Ella sigue viva. Pero Connor no está.

El corazón de Connor se paralizó y empezó a boquear. Su hermana puso la mano en su brazo, para intentar tranquilizarlo. ¿Cómo era posible? Siguió leyendo, aunque las lágrimas empezaron a emborronar su vista. Eli tomó el cuaderno y leyó en voz alta.

No entendió al principio. Su desesperación era palpable, su voz quebrada cuando me preguntó dónde estaba. No podía mentirle. Le conté la verdad. Sobre quién era él, sobre el imposible destino que lo trajo aquí y la realidad de su partida. No sé si me creyó. No sé si yo mismo lo creo del todo a pesar de las pruebas irrefutables. Pero lo vi con mis propios ojos. Su desaparición no fue casualidad. No hubo cuerpo, no hubo huellas de huida. Simplemente, se desvaneció en la nada.

Margaret no habló por un largo rato. Luego, simplemente dijo: Lo sabía. Desde el primer momento, supe que había algo diferente en él.

No sé qué hará con esta verdad. Pero sé que no olvidará.

—Sigue leyendo, por favor —dijo él cuando ella se quedó callada.

5 de julio de 1944 - Castillo de Montreuil-Bellay

El coronel Reinhardt huye. Lo seguimos hasta un viejo castillo en la campiña. Este hombre ha ordenado la ejecución de cientos de franceses. No lo dejaremos escapar. Los aliados quieren capturarlo con vida, pero yo no estoy seguro de que merezca ese destino. Nos infiltramos entre los sirvientes. A las 23:00, sus maletas estaban listas. Tenía un avión esperando. Lo alcanzamos en el vestíbulo, una pistola en su mano y miedo en los ojos. Dijo que solo cumplía órdenes. Todos dicen lo mismo. A las 23:05, Reinhardt dejó de ser un problema.

Eli se quedó callada y Connor le quitó el diario de las manos. Había más anotaciones, pero todas saltaban a varios años después. No quiso leerlas. Se había ido, no había comprobado que ella vivía.

El corazón quiso dejar de latir y se recostó en el sillón. Tal vez podría volver. Meterse en la cueva…

—No te vayas, Connor —dijo Eli con los ojos llorosos—, puede que acabes en una fecha en la que ya no esté ella.

—Averiguaré cuándo murió y volveré a buscarla antes, esté donde esté.

La señora Harris entró preocupada a la biblioteca.

—Vanessa está de parto y Alistair está muy nervioso. Creo que sería mejor que los llevases al hospital.

—Sí, por supuesto. Eli, quédate aquí, hace mucho frío.

—Está bien. Leeré el diario.

—Lo que quieras.

Su hermano bajaba con su esposa en brazos, estaba con el rostro tenso mientras Vanessa parecía estar dolorida. Justo su padre y sus hermanas habían ido a visitar un castillo a dos horas.

—Mi suegro acudirá al hospital. Necesito que nos lleves, por favor.

—Claro.

La señora Harris ya traía los abrigos y la bolsa del bebé y lo metió en el coche. Connor se puso al volante mientras su hermano tranquilizaba a su esposa, que tenía ya contracciones dolorosas.

Condujo con mucho cuidado al hospital y una vez que aparcó, entraron en urgencias. Alistair tomó en brazos a su esposa, mirándola con tanto amor que se estremeció su corazón. Él podía haber amado así a Margaret, y todo se había acabado.

Se llevaron a Vanessa a la sala de partos y su hermano se quedó con él, hasta que lo avisaran.

—Joder, Connor, no puedo con esto.

—Todo saldrá bien, ya verás.

Alistair paseó por la sala, hasta que se paró delante de él.

—Siento no haberte hecho mucho caso este tiempo. Después de todo lo que has pasado, apenas nos has contado lo que te pasó.

—Todavía no puedo, Al. Necesito tiempo y no te preocupes, tienes un hijo a punto de nacer. Llegará el momento adecuado para ello.

Le dio un gran abrazo y al poco, llegó el padre de Vanessa, su madre, sus hermanas y sus respectivas parejas. La sala de espera se hacía pequeña con todos ellos ahí dentro. Se abrazaron y se sentaron a esperar noticias.

Al cabo de una hora, una enfermera vino a buscar al nervioso padre, que se fue deprisa, esperando ver a su esposa. Pasaron más de tres horas. Él enviaba mensajes a su hermanita para decirle que todo iba igual.

Creo que deberás leer el diario del tío abuelo. Te vas a sorprender.

Lo haré, quizá mañana.

Está bien. Avísame cuando nazca George, aunque seguramente mamá me lo chive. Está en el paritorio, acompañando a Vanessa. Dice que es una chica muy valiente, pero que Alistair está pálido.

Ok, se lo diré a su familia, contestó con una sonrisa.

Aunque seguía siendo chocante, ellos aceptaron la explicación de Connor y al cabo de otras dos horas más, Alistair llegó con una gran

sonrisa y llorando de emoción. Todavía llevaba la bata y las calzas, y fue abrazándolos a todos.

—No te has desmayado, aunque estuviste a punto ¿eh? —dijo Connor. Él asintió.

—El niño es enorme y está bien, igual que la madre. Lo han llevado a la zona de cunas mientras atienden a Vanessa. ¿Quién quiere venir a verlo? Solo podemos entrar de tres en tres.

Enseguida formaron una fila para ir pasando. Alistair tomó del brazo a Connor y a la madre de Vanessa y pasaron los primeros.

El niño, de pelo oscuro y nariz respingona, dormía plácidamente en una de las cunitas, con los puñitos apretados. Su hermano estaba sonriendo emocionado. Después, pasaron los demás. Connor fue a buscar a Eli y a la señora Harris, que también pasaron a verlo.

Más tarde, también por turnos, fueron a visitar a una agotada Vanessa, y al cabo de poco tiempo, Alistair los mandó a casa a descansar. Eli estaba nerviosa y aunque era muy tarde, llevó a Connor a la biblioteca.

—Eli, deberíamos ir a la cama, tú deberías dormir.

—Por favor, quiero que leas el diario de tío Conrad. Te va a interesar.

—Está bien.

Eli lo llevó a una determinada página y empezó a leer.

4 de junio de 1946 - Arromanches-les-Bains

Dos años han pasado. Dos años en los que he recorrido ciudades en ruinas, visto rostros marcados por el hambre, escuchado nombres de los caídos con la resignación de quien ya no espera respuestas. Pero hay un lugar al que siempre supe que volvería.

Arromanches sigue en pie, pero apenas. Las casas aún llevan las cicatrices de la guerra, algunas más que otras. Busqué a Pascal en la taberna donde solíamos reunirnos, pero fue Fleur quien me encontró primero. Estaba diferente, con más años encima de los que el tiempo debería haberle dado.

Le pregunté por Margaret. Por un instante, vi en su rostro el reflejo del mismo dolor que llevo dentro por todo lo perdido.

Desapareció, dijo finalmente. Una noche, sin aviso. Como si nunca hubiera estado aquí. Fue el 3 de octubre de 1944.

El aire pareció volverse más denso. ¿Y dejó algo? ¿Alguna pista?

Fleur negó con la cabeza. Nada. Solo se fue. Cogió una pequeña maleta que tenía. Pensamos que había vuelto a Inglaterra, tal vez buscando a Connor. Pero nunca recibimos una carta de ella. O puede que muriera.

Algo dentro de mí se hundió. Margaret no era de las que huían sin decir nada. La apreciaba y le iba a proponer que volviera conmigo, solo por estar cerca del castillo. Cerca de Connor. Tal vez incluso podría conocerlo de niño.

Pascal apareció entonces, dándome una palmada en el hombro, con esa manera suya de pretender que nada le afecta. Vamos, McLeod. No puedes arreglar lo que se ha perdido. Tómate un trago y deja de buscar fantasmas.

Pero yo sabía que no era un fantasma lo que busco. Ella había desaparecido y tenía que encontrarla, por mi sobrino.

Connor jadeó y Eli lo instó a seguir leyendo.

7 de junio de 1946 – Arromanches-les Baines

Estaba convencido de que había algo más en su desaparición, así que empecé a recorrer todo el pueblo por si alguien la había visto. Hablé con los ciudadanos y al final, una vecina de la prima de Fleur me dijo que la había visto bajar a la playa con la maleta y que le había extrañado mucho. Pensó que se iba a unir a las enfermeras llegadas de Reino Unido y su esposo, que andaba ayudando a los aliados a construir el muelle, dijo que le había parecido ver a una joven rubia metiéndose en la cueva mágica. Pero no sabe si salió, porque no estaba atento.

¿Puede ser que ella intentara entrar en la cueva? No lo sé. Pero volví al pueblo y hablé con Fleur. Les dejé encargado que vigilaran por si ella en algún momento, saliera de allí. Si ella conseguía pasar el túnel del tiempo, tal vez acabaría llegando a Normandía.

Mi esperanza no se iba a derrumbar. Conocía a Margaret y ella haría lo posible por llegar hasta Connor.

—Sigue leyendo hasta esta página —dijo Eli mostrándole una que había marcado con una pegatina rosa.

4 de junio de 1990- Arromanches-les-Baines

Hoy he vuelto a la ciudad. Casi todos los años suelo venir para celebrar el Día D, aunque siendo espía, no tuve muchas felicitaciones. Mi hermano está a punto de ser padre. Es Alistair, según me dijo Connor. He aprovechado antes de que nazca para venir a ver a la hija de Fleur. Ellos murieron hace dos años en un accidente, pero su hija sigue al tanto. Se llama Annie y es una muchacha encantadora. No acaba de creerse la historia, pero ha aceptado mantenerme al tanto si alguna vez sale de la cueva una mujer de cabellos rubios. Hice una copia de una fotografía de Margaret y Connor, esa que les saqué en mayo de 1944. La guardo con todo mi cariño en un libro de caballos. Sé que mi sobrino acabará encontrándola.

Me ha prometido que me llamará o llamará al castillo McLeod si eso ocurre. Su madre le contó que, gracias a Connor, a Margaret e incluso a mí, pudieron sobrevivir, por lo que está muy dispuesta, lo crea o no.

Nunca perderé la esperanza de que ella vuelva. Nadie encontró su cuerpo y, sí, por lo que sé ahora podría haberse perdido en el mar. Pero mi instinto me dice que no.

Connor suspiró y miró a Eli.

—¿Crees que es posible?

—No lo sé. Hay algunas anotaciones más sobre Alistair y también cuando naciste tú. Tío Conrad era muy anciano ya y apenas se entiende la letra.

7 de septiembre de 2001. Castillo Dunmore

Adoro a ese bebé y él siente un afecto especial por mí. Me emociono cada vez que lo veo. Mi hermano dice que soy un sentimental. Ellos no saben nada, según Connor, murieron cuando Alistair era un joven prometedor. No está bien que les diga nada de ello. La historia tiene que ser así y no ha de cambiar.

Sin embargo, mi pequeño sobrino sonríe cuando me ve. ¡Qué de aventuras hemos vivido, pequeño McLeod! Ojalá seas feliz y ella vuelva. Creo que será mi última entrada en el diario, pues me cuesta escribir. Hasta pronto. Hasta siempre.

—Él murió el año siguiente —suspiró Connor—, cuando dormía.

Eli lo abrazó y luego limpió sus lágrimas que se habían escapado sin darse cuenta.

—Ten fe, hermanito.

CAPÍTULO 17. NORMANDÍA, ACTUALIDAD

Una fuerte tormenta llegaba desde el mar y las olas rompían contra la costa con una furia desmedida. Annie solía ir a pasear cada mañana y cada tarde por el acantilado. Se había obsesionado con esa vieja historia de amor y viajes en el tiempo e incluso su hija Fleur, a la que llamó como a su madre, estaba entusiasmada.

Tenían una pequeña apuesta de si aparecería la joven inglesa que desapareció en plena guerra. Y esa mañana, su corazón palpitó deprisa. A pesar del frío que hacía, tomó a su hija de la mano y salieron a pasear. El aire rugía contra el acantilado, pero a ambas les importaba poco, estaban acostumbradas a que diciembre fuera un mes frío.

Se asomaron a la playa. El muelle Mulberry traqueteaba con el vaivén de las olas. ¡Cómo debió ser aquello! Su madre le había explicado que cuando los barcos vinieron, se escondieron, pero tuvo que salir para ayudar a su padre puesto que resultó herido. Entonces los vio. Cientos de barcos en el horizonte que llegaban para salvar el mundo.

No se cansaba de hablar de los heroicos comportamientos de la resistencia y de los jóvenes escoceses, los McLeod. Desde que había muerto Conrad, al que conoció de joven, ya no supo nada más de ellos.

Como si sintieran una llamada, bajaron a la playa, donde la arena les azotó el rostro. No había mucha gente paseando, el día no era agradable, pero ellas se acercaron a la cueva. Entonces la escucharon.

Una voz gritaba, llamaba a alguien.

—Voy a entrar —le dijo su hija.

—¿Y si desapareces?

—Madre, mucha gente ha entrado aquí y no ha desaparecido. Solo aquellos que son especiales, lo hacen.

—No vayas, muy lejos, por si acaso. Te esperaré aquí, llámame si necesitas algo.

—Tranquila.

La joven escaló las rocas y se metió dentro. El agua ya formaba charquitos y pronto, en menos de media hora, la marea habría llenado la cueva.

—¿Hay alguien?

—¡Connor! —gritó la mujer.

—¿Margaret? ¡Salga fuera! —respondió Fleur.

Entonces escuchó los pasos. Una mujer con un vestido color claro y el cabello rubio apareció. Se apoyó en la pared y la miró con ojos vidriosos.

—¿Fleur?

—Sí, ¿eres Margaret?

Ella se acercó.

—No eres Fleur.

—No, pero salgamos de aquí, la marea va a subir enseguida.

Ella asintió, mareada y miró alrededor. No había forma de saber si había conseguido su propósito. Estaba cansada y confusa. Cuando llegaron a la playa, Annie abrió los ojos sorprendida.

—¡Es ella!

—¿En qué fecha estoy? —preguntó Margaret mirando alrededor —. La guerra terminó. ¿Ganamos?

—Sí, ganamos. Estás en 2024. Has llegado al momento en que querías.

Ella miró a las dos mujeres y entonces su mente se nubló y se desmayó.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero al despertarse, supo que estaba en un hospital. El olor a desinfectante era inconfundible. Miró alrededor y la joven con la que había hablado estaba sentada, mirándola atentamente.

—¿Cómo estás?

—Creo que bien. Entonces, ¿es verdad? ¿He viajado al futuro?

—Eso parece. Es algo increíble. Mamá estaba tan emocionada que tuve que pedirle que se acostase. Tenemos el teléfono del castillo Dunmore. De Connor. ¿Quieres que lo llamemos?

Ella se quedó pensativa y luego negó con la cabeza.

—No. ¿Y si él llegó hace años y tiene una familia? Primero iré y si no… me quedo con él, volveré a pasar por la cueva.

—O podrías quedarte aquí. Mi abuela dijo que le salvaste muchas veces la vida, mi familia te lo debe. Ni te imaginas cuánto han adelantado las cosas en estos ochenta años. Creo que te vas a sorprender mucho.

—Podría ser divertido —dijo ella, pero luego negó—. Si no… si no me quedo con él, volveré. Creo que necesitaré ayuda para viajar.

—¡Claro que sí! Aunque está cerca la Navidad, te buscaremos un vuelo. Lo más difícil será encontrar a alguien que haga tus papeles legales sin preguntar, pero dame solo un par de días y los tendré. Aunque pienso que deberías llamarlo. Si él está comprometido, tal vez te ahorres el viaje.

—Imagino que Conrad murió, ¿no?

—Sí. Él estuvo viniendo aquí durante muchos años. Decía que no perdía la esperanza de que salieras de la cueva, que eras muy cabezota.

Sonrió con afecto.

—Iré a presentarle mis respetos en su tumba.

—Es que sigo sin creérmelo. Si no hubiera visto tu foto con Connor McLeod, no me lo creería. Mira, tengo una copia.

La muchacha le dio el papel, y pudo ver más grande el rostro de su amado.

—¿Puedo quedármelo?

—Sí, claro.

—¿Tu abuela fue feliz? ¿Sabes algo de Pascal?

—Pascal era mi abuelo. Acabaron casándose —dijo riéndose. Margaret lo hizo también. En el fondo siempre supo que ellos estaban enamorados—. Y fueron muy felices, la verdad.

—Me alegro —dijo recostándose y mirando la foto.

La doctora entró y les sonrió.

—Señora McLeod, está perfectamente bien. Solo ha sido una conmoción y el corazón del bebé suena fuerte. Puede irse si así lo desea. Le daremos el alta.

—Gracias —dijo Margaret. La doctora se fue y se volvió hacia Fleur.

—¿Señora McLeod?

—No sabía tu apellido. Les dije que eras una amiga venida de Escocia y que te habías desorientado porque te habían robado el bolso y encerrado en la cueva. Una historia algo retorcida, pero sirvió. También te traje ropa más abrigada.

—Llevaba una maleta con mis cosas…

—Quizá se quedaron en la cueva. No te preocupes, te proporcionaré lo que necesites. Estamos muy emocionados. Y tú… ¿sabías que estabas embarazada?

—Sí, pensé en algo que me dijo Conrad cuando me confesó la verdad. Dijo que solo su familia podría cruzar y, puesto que llevo un bebé de sangre McLeod, me dije que al menos debía probarlo.

—Eres muy valiente, Margaret.

Ella asintió y se levantó de la cama, todavía mareada. La ayudó a vestirse y salieron del hospital. Fleur la acompañó al coche mientras ella miraba atónita el exterior.

—Tenías razón, ha cambiado todo muchísimo en estos años. Me siento… mareada.

—No te preocupes, te quedas un par de días aquí mientras te busco un permiso temporal para viajar hasta Escocia. No suele haber problemas en la frontera, pero es mejor ser precavida.

Ella encendió el coche y el ordenador de a bordo se conectó. Margaret lo tocó con los dedos y salió la voz del cambio de ruta. Ella dio un brinco y Fleur se echó a reír.

—Casi todos los aparatos que hay hoy en día son táctiles. Sea el móvil, o sea, el teléfono, y otras cosas. No quiero agobiarte. Es un shock muy grande.

Ella asintió, mirando alrededor como una niña asombrada. Llegaron a la casa y durante los dos días siguientes aprendió lo

mínimo para poder moverse por el transporte. Luego, Fleur le dio una tarjetita pequeña con su foto.

—Es tu documento de identidad, no debes perderlo. He comprado un billete que te llevará a Edimburgo y de ahí puedes tomar un coche alquilado al castillo. También te hemos puesto dinero en el bolso. Llevas lo suficiente como para ir y volver si es necesario.

—Pero ¿cómo te lo voy a devolver? Yo…

—No tienes que devolver nada —le había dicho Annie—. Somos felices de haberte ayudado y contribuir a esta historia tan bonita. Encuentra a tu amor y sé feliz. Es la mejor manera de que nos sintamos contentas. Y llámanos para decírnoslo. En el móvil viejo de mi hija tienes nuestro contacto y ya sabes cómo usarlo.

—Más o menos —dijo Margaret apurada, pero sonrió—. No sé cómo agradeceros todo lo que estáis haciendo por mí. Os prometo que os comunicaré si lo he encontrado.

La llevaron al aeropuerto y, aunque había visto aviones en la televisión, se quedó sin palabras al poder entrar dentro de uno. Una muchacha muy amable la ayudó a encontrar su asiento. Llevaba una pequeña maleta, con cuatro cosas de muda y de aseo que amablemente le había regalado Fleur. Jamás podría agradecer su ayuda. La nieta le recordaba mucho a la abuela, tímida, pero decidida.

Aterrizó en Edimburgo. Hacía mucho frío y se abrigó con un gracioso gorro rojo que le había regalado Annie. Le habían dicho que negociara el trayecto y ella así lo hizo.

La campiña escocesa era tan hermosa como siempre. Aunque había tantos cambios, tantos vehículos, camiones, trenes… los móviles le fascinaron desde el principio y poder acceder a eso que llamaban internet para buscar información sobre la guerra le asombró.

Todavía no comprendía del todo, pero no era estúpida y sabía que podría adaptarse. Solo que… no por dónde comenzar. Indicó al chófer del coche que la dejara en la entrada al castillo. Iría caminando. Pagó su tarifa y se quedó con el teléfono por si tenía que volver sin… sin verlo.

Su corazón palpitaba de excitación mientras se iba acercando, por un lateral, bajo la arboleda. Quería observar la imponente casa antes de llegar y necesitaba calmarse. Al fondo vio el cementerio familiar y pensó que no se iría sin visitar a Conrad y darle las gracias por su ayuda, incluso una vez que había fallecido.

Un coche oscuro y grande llegó a la puerta. Connor salió de la puerta de delante y se quedó paralizada. Se escondió tras un árbol para observarlo. Luego, él abrió sonriendo la puerta de atrás. Era tan guapo…

Alguien le dio algo y él lo… acunó.

Una mujer rubia salió del coche y él la tomó de la cintura mientras sostenía al bebé. El que conducía el coche se lo llevó. Ella quiso morir. Él había rehecho su vida y… había llegado tarde.

El dolor en el pecho fue demasiado. Pero ¿por qué había creído que alguien como él no seguiría su vida? No parecía haber pasado demasiado tiempo, pero estaba lejos de todas formas. Se apoyó en uno de los árboles, respirando agitada. Las lágrimas bajaban a toda velocidad por su rostro. Debía haber llamado, como dijo Fleur.

No importaba, debía mostrar sus respetos a Conrad y luego se iría. Tal vez volvería a su pueblo, aunque no tenía casa, podría trabajar y ganarse la vida para ella y su hijo. Dejó la maleta escondida tras un árbol y dio un rodeo para acercarse al mausoleo. Estaba por lo visto en proceso de restauración. Entró en el enorme lugar, limpio y cuidado, eso sí.

Buscó a Conrad y enseguida lo encontró. Había muerto en diciembre de 2002. Supuso que entonces sí que había conocido a Connor. Se ajustó el gorro y rezó sus oraciones, acariciando la placa de mármol que cubría el nicho.

Alguien tapó la luz de la puerta y ella se giró.

CAPÍTULO 18. DE VUELTA

—Conduzco yo, que tienes todavía la pierna fastidiada —dijo Alistair cuando salieron del hospital. Connor asintió y se sentó delante. La madre de Vanessa estaba en el asiento de atrás. Los demás hacía rato que se habían ido porque según Eli, había que celebrar una fiesta de bienvenida.

Llegaron a Dunmore y Connor salió para ayudar a su cuñada. El pequeño George era grandote y dormía apacible. Vanessa salió y él la tomó de la cintura, andaba algo mareada. Ella le sonrió agradecida.

—Yo me voy con Alistair para ayudarle con el resto de las bolsas. Entrad vosotros —dijo la nueva abuela.

Connor ayudó a Vanessa a subir las escaleras y, cuando llegó a la puerta, sintió un escalofrío. Se giró, pero no vio a nadie. Claro.

Entraron en el frío castillo. La nieve se había retraído, pero el cielo amenazaba tormenta de nuevo y pronto volvería a caer. Acompañó a Vanessa a su habitación y dejó a George en la cunita. Ella le dio un suave beso en la mejilla y después de quitarse el abrigo se recostó en la cama.

—Estoy agotada. Esto de dar a luz es una barbaridad. Ya verás cuanto seas padre. Tu futura esposa te insultará, como hice con Alistair. Menos mal que tu hermano es muy pragmático.

—Estaba muerto de miedo. Te ama demasiado.

—Lo sé. Le compensaré… un día de estos.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, solo querría dormir hasta que el tragón de tu sobrino se despierte.

—Perfecto, te dejo entonces.

Salió despacito para no despertar al bebé y bajó las escaleras. Alistair ya entraba con las bolsas y la madre de Vanessa subió para ver cómo estaba su hija. Él se metió en la biblioteca y Eli se acercó canturreando.

—¿Qué te pasa? —dijo él cuando ella lo abrazó.

—Soy feliz, nada más. Al final, siempre se arreglan las cosas.

—Lo que tú digas —respondió. No iba a discutir con un torrente de felicidad sin cauce, como era su hermanita.

Ella se quedó mirando por la ventana y luego ladeó la cabeza.

—Creo que debes ir a visitar al tío abuelo Conrad y decirle que ha nacido George.

—Hace frío, Eli. No me apetece ir hasta el mausoleo.

—Tienes que ir, por favor, o iré yo.

—Eres una pequeña chantajista.

Ella sonrió y le trajo la cazadora y la bufanda. Desde que volvió, algún rato se había escapado para hablar con él y contarle. Eli tenía razón. Debía decírselo.

Caminó con una ligera cojera hasta el mausoleo y vio que la puerta estaba abierta. Tal vez había entrado algún animal, pero solo era una chica con el gorro rojo. Ella parecía estar rezando. ¿Tal vez alguna prima lejana?

Se quedó en la puerta, sin saber qué hacer, dejándola que terminara. De repente, ella se giró.

—¿Margaret? ¿Eres tú o estoy… alucinando?

Ella sonrió levemente y se encogió de hombros.

—He venido, pero me marcho, no quiero molestar.

—¿Qué? ¡No! ¡Dios mío! —dijo él acercándose a ella y abrazándola. Le dio un beso en la mejilla y ella sintió el calor que él emitía, porque no se despegaba de ella, casi sollozando—. Pensé que… habías muerto, pero… estás aquí. Conrad tenía razón.

—Connor, tranquilo, mírame.

Ambos lloraban y se quedaron mirando a los ojos, reconociéndose. Ella acarició su rostro sin barba.

—Pareces más joven… —dijo nostálgica. Pero debía marcharse.

—La misma edad que cuando estuve contigo. Todavía no ha sido mi cumpleaños.

Ella dio un respingo.

—¿Cuánto tiempo llevas de vuelta?

—No sé, semanas, ¿qué más da? Estás aquí. Dime que te quedarás conmigo. ¿Cómo has conseguido? Dios, tengo tantas preguntas.

—Espera… antes debo saber algo —dijo apartando a Connor un poquito—. El bebé que llevabas antes, ¿es tuyo? ¿tienes esposa?

—¿Qué? ¡No! Es mi sobrino, ella era la esposa de mi hermano. ¿Ibas a… irte?

—No quería meterme en…

Él le dio un beso sin dejarle acabar y ella respondió, tomándolo de la nuca. Se besaron durante un buen rato, reconociéndose y volviendo a conectar. Connor apoyó la frente en la suya.

—Pensaba que habías muerto, Margaret. Me hirieron de gravedad y Conrad me acompañó a la cueva. Me fui porque tú ya no existías, aunque iba a quedarme.

—Ibas a quedarte conmigo.

—Sí. Te amo demasiado para dejarte. Y ahora… estás aquí. Has cruzado el tiempo para venir hasta aquí.

—Me ayudó la hija de Fleur y su nieta. Ellas esperaban mi llegada. Conrad se encargó de ello.

Los dos se volvieron hacia la losa de mármol. y pusieron las manos sobre ella, agradecidos.

—Vamos, hace frío, te presentaré a toda la familia. Tienes que contármelo todo y… es que no puedo creerlo. Si no llega a ser por Eli que me dijo que tenía que venir… pero claro, ella lo debió saber.

—Tengo una pequeña maleta. Supongo que… buscaré trabajo y…

—Por favor, no pienses en eso. Te haré un sitio en mi cama, si te parece bien. Ya estoy bien para lo que sea. Y nos casaremos, mañana mismo.

Ella se echó a reír.

—¿Así piden ahora los hombres matrimonio?

—Tienes razón, te lo pediré mejor. Estoy tan nervioso…

Ella le tomó de la mano y lo miró a los ojos.

—Si tú me quieres como yo a ti, ya nada nos separará.

—Por supuesto. Siempre juntos. Te amo, Margaret.

Caminaron hacia la casa mientras una leve sombra aparecía detrás de ellos, en el mausoleo. La sombra sonrió ampliamente y volvió a desaparecer.

EPÍLOGO

Eli corrió hacia la puerta y se adelantó antes de que se abriera. Connor sonreía ampliamente con una mujer rubia tomada de la cintura. Alistair salió al escuchar gritar a su hermanita.

—¿Qué ocurre?

—¿Os lo podéis creer? Ella me ha seguido a través del tiempo.

—Caramba, te debe amar mucho, hermanito —dijo él acercándose a ella—. Soy Alistair, ella es Eli, aunque supongo que ya sabía que venías.

—Tío Conrad me lo chivó —contestó ella encogiéndose de hombros. Margaret la miró asombrada, pero sonrió.

Connor la presentó al resto de la familia y después de charlar un buen rato, la llevó a su habitación.

—¿Quieres que te prepare un baño?, ni te imaginas lo bien que sienta después de viajar en el tiempo.

Ella sonrió y aceptó. Connor le dejó una parte de su armario para que colgara la ropa y luego fue a preparar el baño que tenían en su propia habitación. El castillo, sin duda era enorme y aunque se veía algo viejo, se notaba que lo cuidaban con cariño.

—Métete en la bañera, tengo que hacer algo. Vuelvo enseguida.

Ella asintió, algo desconcertada, pero tal vez tendría que explicar que se iba a quedar en el castillo a su hermano. No importaba. Si hacía falta, iría a vivir al pueblo más cercano.

Se desnudó y acarició su pequeño vientre abultado. Todavía no se le notaba, pero gracias a su pequeño McLeod habían cruzado. El agua estaba deliciosa y olía a sándalo y violetas. Se lavó el cabello y la piel y entonces él entró en el baño.

—¿Puedo pasar?

—Es tu baño. ¿Todo bien?

—De maravilla.

—Entonces, ¿te bañarías conmigo? Esta bañera es enorme.

—No tendrás que decírmelo dos veces.

Se desnudó rápido, entre risas, aunque dejó su pantalón en una banqueta a su lado. Entró en el agua y ella miró su cuerpo con cierta timidez.

—¿Te apoyas en mí? —preguntó sentándose en un lado. Ella se puso delante de él, apoyando la cabeza en su pecho.

—Tenía mucho miedo cuando me metí en la cueva, sobre todo… por si no llegaba al lugar o el tiempo adecuado.

—No entiendo qué pasa en ese lugar, pero si es magia… debías venir conmigo.

—Tenemos que decidir cosas —dijo ella rozándose el vientre. Debía decírselo.

—Sí, y esta es la primera —dijo él estirándose y cogiendo algo del pantalón—. No es un lugar muy romántico, pero ¿quieres casarte conmigo? —dijo poniendo un anillo delante de su rostro. Ella se giró y se puso de rodillas frente a él.

—¿Has conseguido un anillo?

—Sí, era de mi madre. Se lo pedí a Alistair. Es un anillo de prometida. Luego te compraré uno de casada. Entonces… ¿te casarás conmigo, aunque no esté de rodillas?

Ella sonrió y acercó sus labios a los de Connor.

—Sí, Connor McLeod, me casaré contigo. Para eso he venido, ¿no?

Él se echó a reír y la besó. Luego se apartó y le pidió la mano. Le puso el anillo. Ella entonces se sentó sobre su miembro y sintió su excitación.

—Hay una cosa que no te he dicho —dijo ella mientras él se introducía con suavidad.

—Dime —dijo él quedándose quieto.

—La única razón por la que pude atravesar la cueva y llegar aquí es por la sangre McLeod que llevo en mi interior.

—¿Cómo? No entiendo.

Ella se echó a reír y él se endureció un poco más. Se volvió para tomar la mano de Connor que reposaba en su cadera y la puso

sobre su vientre.

—Esta sangre McLeod.

Él abrió los ojos comprendiendo a la primera y ella empezó a moverse de forma sensual mientras se besaban.

La guerra había acabado, estaba con el hombre que amaba e iba a tener un hijo de él. Lo demás, le importaba un pimiento.

OTROS LIBROS RELACIONADOS

SAGA BLACK ROCK

Si te gustan las novelas ambientadas en Escocia, esta saga te encantará. Es más fantástica que la novela que acabas de leer, pero también es romántica.

¿Te imaginas una saga de brujas, en Escocia? ¿Puedes visualizar a lobos vigilantes?

¿Una antigua rencilla? ¿Dos especies que no se soportan, pero que deben colaborar?

Amor, pasión, mucha acción y magia es lo que vas a encontrar en la saga Black Rock, compuesta por los siguientes libros. Te muestro el primero.

LAS BRUJAS ESCOCESAS DE BLACK ROCK

El primer título. Encontramos a los fundadores de esta familia híbrida: Bárbara, una joven escocesa que desconoce que pertenece a un linaje de brujas. Ella recibe una carta que la hará viajar a Glencoe, donde se encontrará con un hombre fascinante, Jason, que no parece llevarse nada bien con la fa-milia.

Lo que va a descubrir le cambiará la vida para siempre, in-cluyendo un amor apasionado.

Enlaces Amazon: https://amzn.to/41cLg4P

España: https://amzn.to/41cLg4P

Resto del mundo: https://relinks.me/B0B6H4RCB2

Esta novela (a fecha de hoy), suele encontrarse en los primeros puestos de la categoría de Fantasía Urbana, paranormal o contemporánea.

Toda la saga:
Las brujas escocesas de Black Rock
Los lobos escoceses de lack Rock
Nimué
James
Claire

Además te doy la buena noticia de que están siendo traducidos a portugués y a inglés. Los podrás encontrar en Amazon.com

También tengo novelas navideñas, algunas con toques de fantasía y otras sin ellos. Te dejo dos para que puedas elegir.

AGRADECIMIENTOS Y SOBRE MÍ

Gracias por leer esta segunda novela de los highlanders. Y te mereces una disculpa por haber tardado más de lo previsto. Espero que te lo hayas pasado bien viajando por el tiempo con Connor McLeod.

Ante todo, quiero darte las gracias por estar leyendo estas líneas, por leer mis novelas y regalarme tu atención. Sinceramente, sin mis queridas lectoras (porque el 80% son mujeres), no sería lo mismo. Seguro que seguiría escribiendo, pero vuestros comentarios me ayudan y me animan hasta un punto que me resulta difícil explicar.

A mi correctora, Eva, que ha tratado mi libro con eficacia y exquisita dedicación, sacándole un brillo que no tendría sin ella.

A mi esposo, que constantemente me anima a que siga escribiendo. La vida de un escritor autónomo no es fácil en ocasiones, pero cuando tienes a alguien a tu lado que te respalda y te apoya al cien por cien, os aseguro que se puede llevar.

Todas aquellas personas que me seguís en redes, que dejáis comentarios, que me escribís correos, (y aquí también podría nombrar unas cuantas maravillosas lectoras con las que mantengo comunicación y que, en cuanto saco un libro, me escriben para decirme que ya lo tienen, bien en su Kindle o en papel). Realmente, me siento muy acompañada. Gracias.

A todos aquellos maestros que me enseñan, sean en cursos, en vídeos o en artículos y libros. Creo que aprender es fundamental para mejorar y yo siempre estoy en ese proceso de aprendizaje continuo.

Gracias por todo, por hacer que mis libros estén allí arriba, en el cielo.

Y, hablando de cielo, quiero recordar a mis padres. Cuando tengo algún tipo de buena noticia, me acuerdo mucho de ellos, porque sé que estaban orgullosos de lo que hacía aunque se fueron demasiado pronto (nunca es suficiente el tiempo que pasamos con nuestros seres queridos).

Ahora, os hablo de mí, por si alguien no me conoce.

Me llamo Yolanda Pallás, aunque como sabes, escribo con el seudónimo de Anne Aband.

Alguna vez me han preguntado por qué me puse ese seudónimo y es que al principio, escribía por afición, como casi todos cuando empezamos.

Mi intención era escribir libros de informática (he dado clases durante más de veinte años), pero luego pasó que empecé a tener éxito, a ganar algún premio literario y… ¡ups! Escribir libros de informática pasó a segundo plano.

Amo la fantasía y la romántica y ¿qué mejor que unirlas en una novela?

A las fechas de escribir esta biografía llevo bastantes novelas publicadas y me siento feliz de poder dedicarme a lo que amo.

Si te apetece saber alguna cosa más o descargarte una novela gratuita, te invito a que te pases por mi web:

www.anneaband.com

También tengo Instagram y otras redes, pero te dejo la de Instagram porque es en la que más activa estoy: @anneaband_escritora

Si eres autora, voy colgando en mi otra web cosillas: www.yolandapallas.com

Y poco más, me despido, de nuevo dándote las gracias por leer mi novela, por aguantar hasta aquí y me apostaría la mano y no la perdería, por ser una persona maravillosa que mejora el mundo.

Te veo en la siguiente, espero que disfrutes con las historias de los descendientes.

* * *

¿Te importaría... valorar este libro?

Me sentiría muy agradecida si puedes valorar el libro en la plataforma donde lo estés leyendo, incluso si lo has comprado en papel.

Las valoraciones son importantes para el autor, nos ayudan a saber vuestra opinión y, para qué decir lo contrario, nos anima a seguir escribiendo. ¡Millones de gracias!